

Daniel Candel

PRÓLOGO DEL  
Dr. M. Blasco Garzón



LOS DERECHOS DEL  
**NINÑO**





329

DANIEL CANDEL

# LOS DERECHOS DEL NIÑO

EDITORIAL  
RES NON VERBA

BUENOS AIRES

1939

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



OMAR GARDEI

Nº 1307-E 29-OR

*Enfermedad*  
*3*  
*3/39.*

ENSAYO PEDAGÓGICO QUE  
PRETENDE SER ALECCIONADOR



A vosotros, queridos niños de mi patria, que sois víctimas propiciatorias de todos los horrores apocalípticos, producto de la maldad de los hombres, os dedico este pobre trabajo con el único deseo de que él contribuya a mejorar vuestra vida y la de toda la infancia.

DANIEL CANDEL LOPEZ



Es propiedad del Autor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la Ley.

Copyright by. Editorial Res Non Verba  
Buenos Aires, 1939.

PRINTED IN ARGENTINE



# PRÓLOGO

## PALABRAS INICIALES

Una de las obras más serenas y profundas, realizada por la República Española desde el momento de su instauración en Abril de 1931, fué la relacionada con la transformación radical de la enseñanza primaria y secundaria, en las organizaciones del Estado. Decía Fitché que la educación es el objetivo más importante de una nación y de un estado y que la renovación de un pueblo ha de comenzar por ella si quiere adquirir cada vez más fuerza, más realidad y más amplitud. Con relación a España, esta afirmación tiene un valor de carácter casi absoluto. El abandono de la educación y de la instrucción en nuestro país, fué de tal naturaleza que el porcentaje del analfabetismo adquirió cifras realmente inverosímiles, impropias de una nación civilizada. Desde la restauración monárquica en adelante, se contempló con curiosidad este fenómeno, pero no se acertó de una manera definitiva a buscar el remedio para un daño tan evidente. La ley Moyano representó, indudablemente, un esfuerzo de verdadera magnitud, en cuanto a la consecución del fin de deste-



rrar la incultura española, elevando y dignificando el nivel de la clase dedicada a la función específica de la enseñanza. La ley de Romanones, incorporando los haberes de los maestros al presupuesto general de gastos del Estado, fué también un inicio feliz en esta obra de positiva reintegración civilizadora, dentro de la comunidad hispánica. Pero ni esas leyes, ni otros intentos más o menos afortunados, estuvieron servidos por un propósito directivo consciente, por una realidad doctrinal dispuesta a convertirse cada día en una obra práctica y definitiva.

Siguió cada vez más grave, el problema de la enseñanza. Continuaron los maestros siendo la Cenicienta de toda la vida pública española y mientras languidecía el intento reformador de la obra cultural del Estado, dentro de las escuelas oficiales, se alzaba cada vez más vigorosa y potente la enseñanza en las instituciones privadas, principalmente en las de carácter religioso que conseguían por razón de su influencia espiritual, sumar el mayor número de alumnos y recoger dentro de sus aulas, lo más selecto, en el orden económico, de ciertas clases sociales. Ser maestro, representaba un sacrificio y era al propio tiempo, el signo de un seguro ayuntamiento con la pobreza y con la necesidad. El maestro ascendía al tablado de la farsa escénica, para servir de burla y de escarnio, para constituirse en representante de algo lamentablemente triste, que daba, en definitiva, pobre idea del autor de la sátira y del auditorio que le escuchaba.



Así, por esta serie de circunstancias, ir directamente al magisterio, abierta la vocación y esperanzado el espíritu, era enderezarse por una senda en donde jamás florecieron los rosales de la gratitud y siempre tropezaron los pies doloridos o las manos tembladoras de emoción, con las zarzas y las espinas del camino. No valía siquiera, el atributo insigne de la competencia. El saber no adquiría cotización, para una obra de esta naturaleza. Se enseñaba en los colegios de carácter religioso por gentes ayunas de todo conocimiento científico, a lo sumo, por hombres disertos en teología o en filosofía moral, cuyas especulaciones les autorizaban, no para invadir el campo de la metafísica, sino para meterse de rondón en el de la física, la biología o la historia natural. A veces, un profesor pasaba de su conocimiento de la teología, a una explicación de las matemáticas. No adivinaba en esta exaltación de un sentido pedagógico que nadie le había descubierto, la oposición fundamental entre una ciencia exacta y una especulación pseudo-dogmática, en donde tanto influye la agudeza del ingenio o la destreza de la fantasía excitada por motivos y consideraciones de orden religioso.

Y el resultado final era este: se huía de la profesión del magisterio, porque ella representaba una vocación de sacrificio y de abstinencia de toda comodidad, relacionada con la vida civil. Se buscaban entre la juventud estudiosa, horizontes de perfil más ancho, de más positivo encuadre dentro del núcleo de las ac-



tividades prácticas y nadie se resignaba, sino era ante una necesidad imperiosa, a caminar por un vericuetto que conducía a la incomprensión y a la desesperanza. El resultado de la falta de estímulos para el magisterio, se reflejaba en lo precario de la enseñanza pública. El Estado no tenía interés en hacer una obra de positiva consolidación en este respecto y sus servidores más cercanos, descansaban en la confianza de que las instituciones religiosas suplían aquella omisión, que por otra parte, según el sentido de las clases conservadoras españolas, no era tal, ya que de alguno de sus núcleos había nacido aquella magnífica expresión condenatoria "de la funesta manía de pensar" al igual que en el tiempo presente, la voz delirante de un energúmeno militar, se ha atrevido a lanzar en el centro de la vieja y gloriosa Universidad salmantina el grito feroz de "Muera la inteligencia".

Para que el cuadro sea más completo, habrá que añadir estos dos detalles específicos: La carrera ministerial, en los gobiernos de la monarquía restaurada, se empezaba por el departamento de instrucción pública. El presupuesto más exiguo, en el volumen total de las finanzas del Estado, era el correspondiente al departamento de enseñanza. El primer indicio, manifiesta bien claramente, el valor que se daba a la instrucción pública, en las esferas directivas del país. Tratábase de un ministerio de preparación y de capacitación para la lucha política, no de una secretaría de Estado, que envolviere la más profunda y la más sagrada de las obliga-



ciones públicas. Con relación al segundo extremo, bastará decir que, comparativamente, ganaba más en cualquier localidad española, un obrero manual que un maestro de enseñanza primaria, ya que éstos no alcanzaban en la mayor parte de los casos, el jornal medio de un trabajador en cada vecindad. Cualquier empleado municipal, por modesta que fuese su atribución y secundario el ejercicio de su cargo, obtenía mejor rendimiento que el maestro. Tal era el espectáculo de la vida española, sin que en la pintura del cuadro me haya entretenido en recargar las tintas, ateniéndome exclusivamente a la realidad ofrecida por la experiencia viva de cada día. Esta experiencia me llegaba, incluso, desde el lado familiar. Yo tuve un hermano maestro nacional que ejerció su profesión, después de laboriosas oposiciones, en varios pueblos de mi provincia natal. Por cierto que fué víctima de la residencia en uno de ellos, con motivo del cumplimiento de este ministerio educacionista. Mi hermano contrajo unas fiebres palúdicas en El Pedroso, y éstas, convertidas en crónicas, minaron lentamente su naturaleza, que un buen día rindió el último tributo a la vida, emprendiendo ese viaje definitivo del que no se vuelve nunca y como prenda del cual, se deja junto a los demás familiares, el equipaje sensible de los más augustos recuerdos.

La república de 1931 se planteó a sí misma, como una necesidad vital, este problema de la enseñanza. En España, no se hizo jamás una revolución profunda, que removiese definitivamente la conciencia del país.



Cuando se logró la unidad política, con la conquista definitiva del reino de Granada y la unión en unas mismas manos de todos los atributos del poder en la Península, pudo pensarse en una evidente orientación nueva, positiva y fecunda de la vida hispánica. El casamiento desdichado de una reina, —llevada al delirio de su razón por obra de un sentimiento amoroso—, con un extranjero, impidió esta realización autóctona de una vida española, que contemplase originalmente la profundidad de sus destinos. Con Carlos I de España y V de Alemania, empieza un periodo de dominación extranjera que ya no se sacude más el pueblo español, no obstante el aleteo magnífico de ciertos movimientos esporádicos de liberación, que ora llevan el nombre de las Comunidades de Castilla o de las Germanías de Valencia y que en otro aspecto intelectual, son el reflujo en la conciencia española del movimiento renacentista, de lo que se ha dado en llamar las "doctrinas erasmitas". En lo político, se ahoga en sangre esa tendencia del pueblo a velar por sus libertades características y tradicionales. En lo intelectual, el tribunal de la Inquisición, anula y perturba toda libertad de la conciencia, y por razones de carácter imperativo que afectan al dominio de Europa, más que a los estatutos de la conciencia, se cierra definitivamente la libertad de pensar en nuestra patria, creándose un verdadero síndrome de tiranía dogmática y teológica. Por eso, el albor inicial de movimientos científicos que representan los primeros pasos del siglo XVI, queda bien pronto aho-



gado y desvanecido. Alumbra el siglo XVII, es cierto, una maravillosa manifestación artística y literaria en todos sus aspectos, manifestación que para honor de nuestro pueblo, es conocida con la expresión de Siglo de Oro de nuestra cultura. Es, que así como la ciencia ha de menester un ambiente de generalización de la cultura, sin el cual no puede la investigación encontrar su clima propicio, el arte se levanta con la presencia de individualidades poderosas, que sin relación con el medio y excediéndolo en la mayor parte de las ocasiones, crean obras formidables que señalan derroteros fundamentales, al pensamiento dirigido por las alas poderosas de la imaginación. Si acaso, florecen algunas ciencias de tipo especulativo, tales como el Derecho, la Filosofía moral y la propia Teología. Las demás, que requieren un amplio signo de libertad, tienen que morir estranguladas entre la persecución del medio y la posibilidad de que sus tanteos experimentales, tropiecen hora a hora y minuto a minuto, con la implacable severidad del tribunal de la Inquisición. Y aun en las mismas ciencias de tipo especulativo, suele de vez en vez, enredarse el paso en estas finas mallas sutiles de teólogos y moralistas. Ello explica el por qué en las competencias de cierta naturaleza entre agustinos y dominicos, puede un día el claro y sereno espíritu de Fray Luis de León, tropezar con las cárceles inquisitoriales, en donde vegeta unos años, en tanto que su pluma va hablando de la descansada vida del campo y alabando la beata



tranquilidad de los que huyen del mundanal ruido que les rodea.

La preocupación de la República por la enseñanza, se manifestó en estos tres aspectos esenciales: multiplicación del número de las escuelas, preparación de organismos de enseñanza especializada que permitiesen una competencia científica con las instituciones privadas, y consideración personal, consecuencia natural también, de una elevación de la base económica, hacia el magisterio español.

Esta preocupación produjo el natural resultado. La clase media española, los intelectuales españoles, ya no sintieron repulsión hacia la primaria función docente. Vinieron a ella, por vocación y por instinto y se incorporaron a una obra en la que sabían positivamente, que estaba vinculada la verdadera renovación del espíritu hispánico. Yo tuve ocasión de intervenir, en una prueba directa. Fué en los cursillos de preparación para el magisterio, dentro de la región andaluza. Invitado por el entonces Rector de mi Universidad a desarrollar un ciclo de conferencias, presté, con singular agrado, mi concurso a esta obra enaltecedora. Procuré que mi actuación estuviese en relación directa, con la finalidad que en esas manifestaciones preparatorias se pretendía, por el gobierno de la República. El curso de conferencias que hube de exponer, lo desarrollé bajo el tema general de "Prolegómenos indispensables para una historia de la pedagogía en España". Bajo tal enunciado, com-



pendía estos aspectos fundamentales: Psicología especial de cada pueblo; Psicología del pueblo español; Espíritu de las muchedumbres hispánicas; Acción de la educación sobre estas muchedumbres, y finalmente, vocación intrínseca que debe presidir a todo acto educativo. Confieso que el resultado de aquellos cursillos, me sorprendió agradablemente. Los maestros y maestras que asistieron a los mismos, interpretaron con todo cuidado y con exquisito celo, mis sugerencias y mis enseñanzas. Los resúmenes, ofrecidos por los mismos, de las conferencias que yo hubiera de dictar, daban la atenta sensación de una evidente cultura media, singular y muy destacada, entre todos los asistentes al curso. Es que se habían incorporado a la función docente, atraídos por la misma y acariciados por la acción vigilante del Estado republicano, espíritus muy claros, profesionales de distintas tendencias, gentes formadas en el contacto cotidiano de los libros y en la reflexiva disciplina de los estudios.

Uno de esos maestros, es el autor de las páginas a que pongo estas líneas de presentación, a título de prólogo. El ejemplo de ellas, es seguramente más elocuente, que todo discurso certero y elogioso. Entregarlas al lector, es darle la nómina de lo que la República iba a hacer, de lo que la República estaba consiguiendo, en la formación colectiva del espíritu del pueblo español.

La incalificable rebelión de Julio, ha estrangulado una



obra de tan singunlar aliento. Ha sembrado las cárceles de maestros; ha llenado los caminos de víctimas, pertenecientes a múltiples educadores democráticos. El insigne escritor y dibujante gallego Castelao, lo ha expresado de una manera gráfica admirable. Era la última lección que ofrecían a sus alumnos. También es la más fuerte y viril enseñanza, que entregan a la posteridad. El sacrificio, sin embargo, no será estéril. Las ideas no mueren, sino que se perpetúan, en una indefinida ascensión hacia el progreso. Cuando las ideas, además, se riegan con sangre humana, el sacrificio tiene un valor trascendente, superior desde luego al designio de los déspotas y al aliento de los dictadores. Y he aquí, cómo estas páginas breves, prólogo de un libro de un maestro español que examina, sencilla y limpiamente, el problema pedagógico de los derechos del niño, se proponen alcanzar el valor de un homenaje y un tributo a todos los trabajadores de la enseñanza que en mi patria, con un noble afán y un encendido deseo, estaban labrando, con paciencia benedictina, en las aulas de sus colegios, la más honda revolución de la conciencia hispánica.

**Manuel Blasco Garzón**

Julio de 1939.



# LOS DERECHOS DEL NIÑO

## PROPÓSITOS Y AFIRMACIONES

El deseo de poner de relieve lo que en el fondo de todas las conciencias medianamente rectas y honradas se encuentra desde hace tiempo, es lo que me induce a escribir estas impresiones sobre lo que para mi entender es de una trascendencia capital, porque de lo que el niño sea y del camino que emprenda cuando sus decisiones sean tomadas en consideración, depende la prosperidad y grandeza de las modernas sociedades, . . . de las naciones más importantes, ricas y poderosas, que son las más cultas, y no las que más elementos destructores poseen.

Todos sabeis, porque lo estamos viviendo, que el mundo atraviesa una época crítica. En tanto que la ciencia va de descubrimiento en descubrimiento, la superstición turba mayor número de espíritus. La organización social traspasando las fronteras en que se enmarcan históricamente las naciones, se orienta hacia



una verdadera Sociedad de los pueblos, y paralelamente, simultaneamente los nacionalismos se exacerban brutalmente, la lucha de clases parece que adquiere nuevo desarrollo e impulso y por todas partes se respira una atmósfera de desorden y confusión. El porvenir se muestra oscuro y contradictorio. Mientras unos se hallan hipnotizados por la idea y el deseo de una guerra próxima más atroz que la pasada, complicada con gases asfixiantes y torturas sin nombre; otros anuncian una era nueva, sueñan con una reforma que, transformándola radicalmente, devuelva a la humanidad dolorida la paz y la tranquilidad.

Yo creo firmemente, es para mí artículo de fe inquebrantable, que solo hay una fuerza capaz de dar con la clave, solución de tantos problemas como hoy tiene planteados la Humanidad: la educación. No dudo, sea cual fuere esa catástrofe "totalitaria" que alguien prepara con fruición y que no se recatan en anunciar a los cuatro puntos cardinales, que solo una fuerza puede rechazar o por lo menos desviar el golpe: la educación. Sea cual fuere el nuevo germen que a los ojos de muchos hará volver a su equilibrio perdido a la humanidad herida, creo con honda convicción, que solo una cosa puede acelerar su advenimiento, y



es esta una vez más: la educación de la juventud, la educación de la niñez.

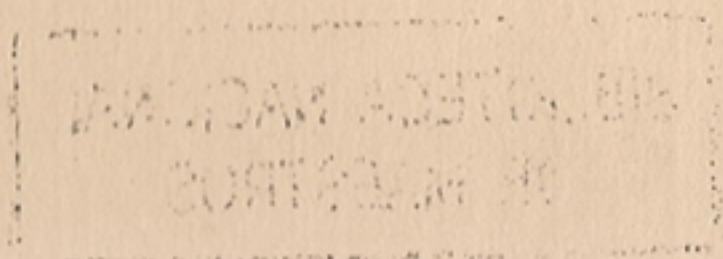
En un artículo publicado en una revista pedagógica española, decía ya en 1931, refiriéndome a esto mismo: "Solucionarlo (el problema de la educación) ahora, es resolver de antemano muchos conflictos sociales que no se presentarán en lo futuro —un futuro muy próximo— al educar a los niños de hoy dentro de la ciudadanía y de la justicia". Y añadía. "¿Cómo se les va a pedir a estos niños, si no se les instruye y educa, que sean en su día hombres sensatos, conscientes y justicieros si con ellos se comete la mayor de las injusticias, que es negarles la más elemental educación?. Piensen los que hoy tienen el ineludible deber de dar pronta y satisfactoria solución al importantísimo problema que nos ocupa, la enorme responsabilidad que contraen con esas pobres criaturas que al no proporcionarles el sagrado alimento espiritual de la cultura, los dejan expuestos a todos los vicios y peligros de una vida sin freno ni guía. ¿Con qué derecho se les va a exigir que se comporten como hombres si se les deja que vivan como bestias? ¿Quién será capaz después de encauzar los instintos atávicos de una multitud inculta e ineducada, cuando se desaten sus pasiones?".



Pero ha llegado el momento, antes de seguir adelante, de decir qué es lo que entiendo por educación. Por educación es preciso entender... no el adiestramiento, ni tampoco la enseñanza escolar, sino la total formación del hombre con todas las cualidades inherentes a la verdadera hombría del bien: que es como decir educación constructiva. **Ex-ducere**, dice la etimología latina: conducir desde un estado que juzgamos inferior a un estado espiritual y material que consideramos superior en todos conceptos.

El objeto de la educación es, principalmente, el niño. Y mal podemos cumplir adecuadamente nuestro cometido si no lo conocemos tan ampliamente y al mismo tiempo tan minuciosamente como él se merece.

Hasta hace poco tiempo solo se habló al tratarse del niño de sus obligaciones, de sus deberes. Yo creo que el niño no tiene ninguna obligación, ningún deber que cumplir para con los demás por su debilidad e incapacidad de defenderse, y, sí, muchos derechos, todos los derechos. Por ende la sociedad, las instituciones, los maestros, los padres... muchas obligaciones para con él. Del incumplimiento de ellas, de la violación de esos deberes por parte de los adultos resulta la violación de sus propios derechos y, lo que es peor, de los del niño.





Este es el tema que voy a procurar desarrollar a lo largo de este modesto ensayo, que pretende ser aleccionador, nacido de mi amor irresistible hacia los niños y producto de mis lecturas, estudios y experiencias de más de dos lustros de educador.

No pretendo que sea un trabajo original, como si nadie se hubiera ocupado de estas cuestiones. Soy más modesto en mis aspiraciones. Trato solamente de sembrar inquietudes entre los que tengan la paciencia de leer este libro, y mi propósito se verá cumplido si en el árido terreno de la opinión pública llegasen a fructificar alguna semilla de las que siembro a boleó por haber encontrado una zona de **terreno** de buena voluntad en que poder arraigar.







## HACIA LA ACEPTACION Y MEJOR COMPRENSION

Años de lucha y enseñanza están llevando a la Humanidad hacia una comprensión más firme y una aceptación más completa de sus responsabilidades para con el niño. Se va penetrando en el convencimiento de que no existe en la vida problema más urgente de resolver que el que en formas diversas afecta a la puericia y la juventud.

Lo primero que debemos desterrar es la absurda, por injusta, idea de que los hijos nos pertenecen en el sentido de que son algo a explotar, por delicadamente que se haga, para nuestra propia satisfacción. Es preciso desecher la creencia de que son un seguro para nuestra tranquilidad y bienestar económico. A medida que se vayan desalojando estas malas ideas es necesario que simultáneamente su lugar sea ocupado por la convicción general de



que es indispensable preparar a los del mañana mejor que lo hacemos.

Toda la esperanza de la humanidad consciente para alcanzar un mayor grado de cultura y bienestar, reside en la educación del niño. Pero la educación que ha de redimir a nuestra especie no es, como suponen los insensatos y malvados, dureza, brutalidad, grosería y egoísmo en el trato con los que llegan a la vida. La educación verdadera y necesaria es la que infunde en el niño el amor al trabajo, a la verdad, a la justicia y al bien por medio del razonamiento y la dulzura.

Quienes pretenden mejorar, enseñar o modificar al niño por la fuerza, conspiran torpemente contra el porvenir humano. Falsean la verdad los padres que atribuyen maldad o perversidad a las criaturas, ya que desde el primer día de vida las tuvieron a su entera disposición, en la más completa inocencia, para infundirle ideas y sentimientos elevados y costumbres edificantes. Pero nada de esto llega al cerebro y al alma sin el amor en quien pretenda trasmitirlo.

El niño, no me cansaré de repetirlo, tiene derechos que es preciso respetar. Derechos al aire puro, al alimento sano, al desarrollo de sus aptitudes, a la alegría, a los juegos... y uno de los primeros es el de ser tratados como



un ser razonable, con suavidad e inteligente cariño. Embelleceremos la vida entera, redimiendo al niño de las crueldades y torpes groserías que lo envilecen para siempre.

Con niños sanos, libres de lacras y estigmas genésicos, desarrollados físicamente hasta el límite máximo; con niños en cuya evolución espiritual no hayan podido actuar los sentimientos de rencor, de envidia de odio, producto de una irritante desigualdad de trato y del abandono; con niños de corazón henchido de amor por todo lo creado; con niños cuyas mentes se hayan abierto con ternura y suavidad, no con dureza, a la luz de la verdad, puede asegurarse, sin temor alguno de sufrir equivocación, que el mundo no volverá a padecer toda la serie interminable de guerras, injusticias y miserias de todos los órdenes que ha venido soportando siglo tras siglo.

Basándonos en esto, podemos decir que **Los Derechos del Niño** es uno de los temas sobre los cuales la conciencia y sabiduría populares están más desconcertadas y llenas de prejuicios, que viven arraigadas en las mentes de los padres y, sobre todo, de las madres que empequeñecen y obnubilan los deberes para con su descendencia, y levantan obstáculos, y crean nieblas, y siembran sinsabores en el ancho y



recto camino que la naturaleza clara y alegre ofrece a los que llegan al mundo.

En este orden de cosas me contentará con llevar y clavar en vuestro espíritu, ávido de saber, media docena de ideas que puedan desalojar otros tantos prejuicios que anidan en nosotros sin saberlo y sin quererlo.

No obstante esos prejuicios y ese lamentable desconocimiento, la mayoría de las gentes admiten que el niño tiene derecho a cuanto asegure y mejore su vida y a una educación tan amplia como sea posible.

¿Es solamente eso, derecho a la vida y derecho a la educación lo que vamos a pedir para el niño? Sí, esto es todo, o no es nada. Es todo cuando sepamos desentrañar el inmenso contenido que fórmula tan breve encierra. Es nada, o casi nada, en el caso de llamar vida y educación a la que sufren y reciben, respectivamente, la mayoría de los niños de todos los países; en unos más que en otros, en razón a su sensibilidad y, sobre todo, a la visión que tengan del porvenir.

Al hablar de derechos me refiero no a lo que signifique graciosa condescendencia por parte de los adultos debido al amor que todos, o casi todos, sentimos por los niños; sino de exigencias que los demás puedan tener con nosotros, de obligaciones ineludibles por nuestra



parte. Los derechos de que ahora hablo implican necesidad en quienes los vinculamos y son tan apremiantes, —aunque algunos no lo parezcan,— que caben en la categoría de naturales.

El Maestro de tantos maestros, el inolvidable D. Francisco Giner de los Ríos, definía el derecho natural diciendo que es lo que de invariable existe en el Derecho. La definición es perfecta en teoría. Pero tan pronto como estudiamos con un poco de atención la legislaciones vigentes en los distintos países y buscamos inútilmente ese fondo natural común que debería permanecer inalterable en todas ellas, la definición resulta inexacta.

Que la indeleble sombra del ilustre fundador de la Institución Libre de Enseñanza y los manes de todos los filósofos que en el mundo han sido me perdonen, si yo me atrevo a definir los derechos naturales, casi perogrullescamente, diciendo que no son otra cosa que la que al menos lince revela la palabra **natural**. No existen otros derechos naturales que los que con nosotros nacen como donación categórica hecha por la Naturaleza para asegurar y acondicionar mejor nuestra existencia de personas. Creo que así están clara y escuetamente definidos los derechos naturales.

El derecho a la vida, al albergue, al abrigo,



a la alimentación y a la libertad, entre otros, son derechos naturales porque nacen con nosotros y como tales... inalienables. Casi se puede decir que ellos existen en su pristina pureza solamente en los niños; porque en éstos aparecen sencilla y diáfananamente dibujados sin ese cortejo coercitivo de deberes que en la adultez los van coartando, más o menos encubiertamente, a medida que el hombre desaparece en la sociedad para dar paso al ciudadano.

El niño sería así el único elemento social moderno que gozaría de sus derechos naturales, si éstos fueran fielmente discernidos por los adultos, con el mismo goce que el hombre primitivo antes de aparecer en la historia las primeras sociedades rudimentarias. En uno y en otro, en el niño y en el hombre primitivo, el mismo uso pleno de los derechos naturales sin ningunos deberes que limiten su libertad, y sin más trabas que las emanadas de la misma naturaleza las cuales son impuestas sin apelación posible. Edad del hombre y edad de la especie en un paralelismo onto-filogénico, en que no pueden existir deberes en virtud de que ni en una ni en otra edad se pueden defender los propios derechos. Por que el deber — leía no recuerdo donde — como sacrificio, como obligación, como sentimiento es una de las muchas utopías que andan por el mundo fabri-



cadras y lanzadas por las religiones de tronco semítico y albergadas con amor de buitre en nuestros códigos anticuados que solo satisfacen a una minoría; por lo que es preciso reformarlos en sus partes más esenciales.

Lo que corrientemente se llama deber, no es más que la defensa del propio derecho. En el mundo no existen sino derechos como elementos activos de la sociedad. El derecho es el único y verdadero integrante de nuestro ser jurídico. Los deberes que puedan ser escritos en los códigos sin profanar la justicia de los hombres, y menos la de los dioses, son aquellos que representan, tan solo, medios puestos en práctica para garantizar nuestros derechos naturales contra las violencias y concupiscencias de los elementos turbios de la sociedad. La mejor manera de defender la vida es no matar; la mejor manera de no ser robado es no ser ladrón; la mejor manera de ser respetado es respetar... El deber no es, por lo tanto, otra cosa que la salvaguarda del derecho.

Y volviendo a los niños y a sus derechos, casi está de más decir que, tratándose de ellos, la presencia del cariño es algo indispensable que sirve para fundamentar todo lo que digamos.

Ya en el mundo entero preocupáanse de estas importantísimas cuestiones, pues va siendo



convicción bastante generalizada que mejorar, enaltecer y elevar la infancia no es, en definitiva, más que mejorar, enaltecer y elevar la sociedad.

La Asamblea de la Sociedad de las Naciones celebrada en el año 1924, sintiendo y comprendiendo en su enorme trascendencia este arduo problema, con el fin de garantizar el acierto en el difícil y delicado empeño, estudió, dando ejemplo, la obra sobre un amplio radio de acción que abarca y determina espícíficamente todo lo que en esencia afecta a la infancia y adolescencia, para atenderlas y cuidarlas debidamente en todas las necesidades corporales y espirituales.

Como resultado de ello fué aprobada por unanimidad, entre todos los miembros, la llamada "Declaración de Ginebra" más comúnmente conocida con el nombre de "CARTA DE LOS DERECHOS DEL NIÑO" que dice así:

**"Por la presente declaración de los derechos del niño, llamada declaración de Ginebra, los hombres y las mujeres de todas las naciones que reconocen que la humanidad debe dar al niño lo que ella tenga mejor, afirmándose en sus deberes por encima de toda consideración de raza, de nacionalidad y de creencias.**



I. — El niño debe ser puesto en condiciones de desarrollarse de una manera normal, material y espiritualmente.

II. — El niño que tiene hambre debe ser alimentado; el niño enfermo debe ser cuidado; el niño atrasado debe ser adelantado; el niño extraviado debe ser guiado; el huérfano y abandonado deben ser recogidos y socorridos.

III. — El niño debe ser el primero en recibir auxilio en momentos de peligro y de angustia.

IV. — El niño debe ser colocado en condiciones de ganarse la vida y se le protegerá de todo género de explotaciones.

V. — El niño debe ser educado en el sentimiento de que sus mejores cualidades serán puestas al servicio de sus semejantes.

Esta carta está adoptada por todas las naciones adheridas a la Liga, aun cuando cada nación tiene la suya, que en definitiva no es más que una adaptación o ampliación que aclaran la que acabamos de conocer, resumen y compendio de todas.

En España fueron proclamados con anterioridad "Los Derechos del Niño" en el primer Congreso de Higiene Escolar y que inclu-



yeron en su programa con estas magníficas y elevadas palabras que —como dice muy bien Berruti en su libro “Escuela y Democracia”— debieran ser conocidas y cumplidas por todos los padres, maestros y hombres de gobierno: “Habitantes de un planeta regido por el Sol, rodeado de atmósfera y cubierto por las aguas en sus tres cuartas partes, corresponde por modo ilegislable a todos los niños:

El derecho a la luz del Sol.

El derecho al aire abundante.

El derecho al agua y a la limpieza que con ella se obtiene.

Ni el Estado ni quienquiera que sea tiene atribuciones para recluir al niño en locales cerrados a la luz y privados de agua y de limpieza, por más que tales mazmorras reciban el nombre abusivo de escuelas.

Por su condición de ser, en periodo de desarrollo, el niño necesita alimento suficiente, ejercicio saludable, alegría que dilate su organismo, amor que fomente su vida moral, verdad que nutra su vida intelectual. Por eso tiene inalienable derecho al sustento, al ejercicio corporal, a la alegría, al amor, a la verdad.

Es crimen de lesa infancia criar a los niños rodeados de tristezas y lo es de lesa humanidad enseñarle la mentira sea cualquiera el ropaje con que se le desfigure”.



• Del simple enunciado de los derechos que corresponden al niño, vemos que unos son de carácter biológico, otros de carácter educativo, otros morales, no pocos éticos. Procuraré desarrollarlos todos dentro de la mayor brevedad no obstante la trascendental importancia que todos ellos encierran.







## DERECHOS A LA ALIMENTACION Y CUIDADOS MATERNALES

Dice el artículo primero de la Declaración de Ginebra que se darán al niño todos los medios para su desarrollo normal, tanto físico como espiritual.

Es evidente que en los dos primeros años de su vida lo que el niño necesita de manera urgente, perentoria y continuada es una persona que pueda ejercer junto a él la estrecha vigilancia que su debilidad física requiere. Una persona que atienda a su alimentación, aseo y comodidad; sin dejar ni un solo instante su abnegada tarea, ya que la menor falla, la más leve interrupción de esos cuidados delicados y preciosos, pueden acarrear graves consecuencias e incluso imposibilitar el normal desarrollo del pequeñuelo.

El niño recién nacido no es ni siquiera un



salvajito, es solamente un animalillo y sus intereses son, solamente, de orden nutritivo. Duerme casi siempre y cuando despierta es, únicamente, para tomar su alimento y volver al sueño. A no ser por los asiduos cuidados de las personas que le **rodean**, especialmente de la madre, el niño **moriría** enseguida. Sus sentidos más desarrollados son los más rudimentarios y groseros: el tacto y el gusto. El niño siente en sus carncitas delicadas y en su suave piel, la irritación que le produce el roce de las cosas y el contacto con ellas. Para estas tiernas criaturas constituye la mitad de su vida el estar bien alimentado y limpio, que las ropitas no le aprisionen ni le aprieten impidiendo los libres y espontáneos movimientos o dificultando la circulación sanguínea, disfrutando de una temperatura suave y apropiada. La otra mitad de la vida, — contando con que haya venido a ella en condiciones normales de desarrollo y bien constituido, — se la proporciona una digestión bien regulada y un sueño tranquilo y reparador.

Para que se cumplan estas condiciones es necesaria una persona que ponga su interés, abnegación y delicadeza en ello, lo cual exige un gran amor al niño y una preparación adecuada. ¿Quién es esa persona a la que, naturalmente, corresponde su ejecución? Induda-



blemente la madre. De aquí se deduce que la cláusula primera de la "carta del niño" dice que los recién nacidos deberían venir al mundo protegidos en el sentido de que durante los dos primeros años de su existencia, por lo menos, no les faltase el apoyo incesante, la defensa incondicional de una madre.

¿Qué cumplimiento damos a este artículo?

Por lo que a España y a la Argentina se refiere, y generalmente en casi todos los países que llamamos civilizados, puede asegurarse que una minoría muy escasa de mujeres se hallan en las debidas condiciones económicas, morales y culturales para cumplir plenamente a satisfacción las funciones que la maternidad impone. Y esa minoría está compuesta, en su mayor parte, de mujeres pertenecientes a la clase media más educada. Las de la llamada clase aristocrática y elevada, para quienes el factor económico no cuenta, empiezan a faltar a estos sagrados y dulces deberes, desentendiéndose muchas, muchísimas veces de la obligación de amamantar a sus hijos, dejando de cumplir por tal modo el principio elemental de la maternidad, según el cual el niño que viene al mundo tiene derecho a ser alimentado de forma adecuada, es decir, nutriéndose de la propia madre, siempre y cuan-



do ésta se halle en condiciones de salud que lo permitan, cosa que ha de decir el médico.

Este derecho, como la mayor parte de los que estudiamos, tiene su origen en la naturaleza misma que dió a la mujer un rico manantial para que de él saque el niño su alimentación natural. Su disposición a la altura de los labios del lactante recostado en los brazos de la madre, la configuración arracimada de sus glándulas y la forma cilíndroide de su pezón, indican bien a las claras que han sido destinados a la succión mediante la perfecta adaptación a la boca del niño.

La leche segregada por los senos maternos es el único alimento absolutamente inocuo y completamente eficaz para el mantenimiento y la progresión del niño, como elaborado que ha sido para tal fin. Es lo que vamos a demostrar brevemente y con lenguaje gráfico a fin de llevar el convecimiento de la lactancia materna al espíritu de tantas madres y de tantos padres que acaban al fin por dar a sus hijos un alimento destinado a los descendientes de otras especies animales.

De los nueve meses que el embrión humano permanece en el vientre materno, los cuatro primeros vive de sus propios recursos y en los cinco últimos su alimento le es suministrado por el organismo materno por intermedio



de la placenta y del cordón umbilical. Nada más real que la frase popular que dice: "la madre da su sangre al hijo". Porque efectivamente, es la propia sangre materna la que llena las arterias y venas del feto. El hombre mientras vive en el vientre de su madre no tiene necesidad de utilizar sus pulmones ni su aparato digestivo. Todo cuanto necesita para vivir y crecer, le llega por la sangre de la madre.

Mas tan pronto como ha llegado al máximo desarrollo compatible con la capacidad del útero materno, el feto mismo provoca las contracciones de su receptáculo muscular y sale a la luz. Y al sentirse besado por el aire, y saludado y acariciado por el sol vivificador, sus pulmones se despliegan y dan comienzo a su trabajo respiratorio rítmico, que seguirá continuado e ininterrumpido hasta la muerte.

Con esto ya tenemos al niño en el mundo, autónomo si no libre, rotos los lazos orgánicos y humorales que le ligaban íntimamente a la madre. Y al abrir los ojos, percibe, siquiera instintivamente, el recién nacido, debajo de unos labios rojos que le besa con inefable emoción no exenta de un leve temor, las dos magníficas fuentes de su vida hacia las cuales van con irresistible impulso los otros labios diminutos del aprendiz a lactante, —no obstante lo cual lo hace como maestro consumado,— con



la misma inclinación innata con que el ternero busca la ubre de su madre.

Y, efectivamente, el mutuo destino de la boca del niño y del pecho materno se halla elocuentemente escrito en la anatomía y en la fisiología, que es como decir en la forma y funcionamiento, de ambos órganos. La boca del recién nacido, carente de dientes hasta el séptimo mes, poco más o menos, y de saliva hasta el tercero, indican claramente la necesidad de una alimentación líquida. Por otra parte el desarrollo bastante avanzado de los músculos de los labios, mejillas, lengua y faringe demuestran con no menos evidencia su disposición congénita para la succión, medio natural de captación del líquido lácteo materno. Esta succión se hace más perfecta aún, debido a un repliegue que aparece en el borde libre de las encías, y merced a la estrechez del istmo de las fauces, (vulgo gaznate) que, cerrándose fácilmente, favorecen la transformación de la cavidad bucal en una especie de ventosa aspiratriz.

Los movimientos de succión del pequeño sobre el seno materno, tienen, además, la virtud de provocar y excitar la secreción del jugo gástrico del lactante; secreción ésta, que será tanto más abundante y rica cuanto más enérgicos y continuos sean los movimientos succio-



nadores. Y aquí, inopinadamente, tropezamos con un primero y grave inconveniente del biberón, que no queremos dejar pasar por alto, ya que viene a reforzar la tésis que sostenemos. Y es, que la leche al salir con demasiada facilidad por el agujero de la tetina de caucho del biberón, es causa de la disminución de los esfuerzos de succión que debe realizar el niño, y por lo mismo su secreción gástrica queda automática e inoportunamente disminuída, precisamente en circunstancias que debía ser más abundante, para poder digerir la leche de vaca, difícilmente digerible para el niño en estas condiciones. De este modo, imprevisto para los que desconocen esta especie de mecanismo fisiológico, aparecen los primeros trastornos digestivos del niño lactado artificialmente que principia a sufrir la llamada dispepsia de la leche de vaca, primer toque de atención que da la Naturaleza desoída o desdeñada a fin de llamar la atención y evitar mayores y graves males que vendrán después si se persiste en el error.

A igual que la boca del niño lactante, también su estómago evidencia la necesidad de un alimento líquido de fácil y somera digestión, el cual solo encontrará en el pecho materno. El estómago, por su forma cilindroidea y posición casi vertical, parece dispuesto a servir de trán-



sito al alimento ingerido que sólo permanece en su cavidad un tiempo muy breve. Además, su musculatura es muy débil e impropia para los grandes esfuerzos peristálticos que serían necesarios en una digestión de alimentos inadecuados. Además, para terminar, la poca secreción de sus glándulas da a entender que el líquido nutricio infantil debe estar compuesto de elementos simples (valga la redundancia) fácilmente elaborables que no exijan las múltiples y variadas operaciones físicas y transformaciones químicas que más tarde han de tener lugar en el laboratorio gástrico del adulto.

Deben bastarnos estas razones para adquirir el convencimiento de que la leche materna es el único alimento destinado por la Naturaleza para la nutrición del recién nacido, y establecer, por ende, el **pleno e inalienable derecho** que éste tiene a ser alimentado como la Naturaleza ordena y su constitución demanda. Porque si bien hay todavía multitud de hechos que pudieran ser aportados a la tesis del naturalismo, ellos son de un orden científico imposible de vulgarizar sin apartarnos sustancialmente de la modestia y propósitos de este ensayo, hecho sin más pretensiones que favorecer el bienestar de los niños por medio del co-



nocimiento de los deberes que los mayores tienen para con ellos.

No obstante, no puedo por menos de indicar que existen en la leche materna elementos biológicos y bacteriológicos que la distinguen radicalmente de cualquier otra leche animal. Al analizarla veríamos que ni su caseína, que es algo así como la carne de la leche, ni sus grasas, ni su azúcar, ni sus sales ni fermentos pueden analogarse en proporción o constitución a los de la leche de mujer.

Hay, sin embargo, en este orden de cosas un hecho muy significativo elevado a la categoría de ley por Bunge, que está al alcance de todos por su sencillez y elocuencia. Consiste escuetamente en esto: "Si se quema el recién nacido de una especie animal cualquiera, nos encontramos con el hecho sorprendente de que sus cenizas tienen exactamente la misma composición química que las de la leche de la madre, que hemos podido quemar aparte simultáneamente". Este hecho es tan decisivo para demostrar la perfecta especificidad de la leche materna y su exclusivo destino para el uso de su hijo, que sobran nuevos comentarios y razonamientos sobre este sacratísimo derecho del niño.

¡Ahora bien, se cumple? Veamos.

No obstante lo axiomática de cuanto lle-



vamos dicho, hay madres modernas que se rebelan contra el régimen de lactancia materna cuya proporción aumenta con una rapidez tan alarmante que comprometen los destinos de los grupos étnicos civilizados. ¿A qué tal inversión de los designios de la naturaleza y tan magna contravención a los instintos de bondad, abnegación y sacrificio que parecían inmutables en la mujer? Una buena parte del mal debe cargarse en la cuenta de los prejuicios que se han extendido en el seno de la sociedad actual, los cuales se mantienen y propagan alimentados por el egoísmo en unos, la miseria en otros y la ignorancia en todos.

Observemos lo que ocurre cuando no se siguen los dictados de la Naturaleza en esta trascendental y a veces decisiva cuestión para la vida normal del niño:

Nace sano y vigoroso. Peso tres kilos y medio, y mide cincuenta centímetros. Sus carnes firmes aparecen cubiertas por una piel fina, sonrosada y elástica deliciosamente suave al tacto y bellamente arrebolada por la sangre que circula con la mayor normalidad. Sus ojos apenas abiertos a la luz pierden pronto su hostilidad hacia ella y brillan serenos y alegres; de su boca, —que el poeta asemejaba al “cuenquin de una rosa”,— salen los primeros sonidos guturales con los que parece, ya, procla-



mar y exigir sus primeros derechos en la vida: el abrigo y el alimento.

Contemplemos a los pocos meses a este mismo niño, que tuvo la desgracia de caer en un hogar humilde, medio o rico, pero en el que habitan la ignorancia, el egoísmo o ambas cosas en monstruoso maridaje y que son la carcoma de la sociedad moderna... Su peso, que debería ser el doble que cuando nació, solo ha aumentado alrededor de quinientos gramos; su talla corre la misma suerte, pues apenas se nota aumento en ella; sus carnes han perdido consistencia y elasticidad, y de su piel seca y arrugada desapareció el delicioso tono sonrosado debido a su sangre circulante, porque ésta se ha empobrecido. Sus ojos perdieron el brillo primitivo y ahora están rodeados de un halo cárdeno, hundidos en sus órbitas, mientras de sus ángulos salen arrugas que pregonan la deshidratación y prematuros sufrimientos. De su boca, que perdió la fragancia como una rosa marchita, salen constantemente gemidos y gritos agudos, que ya no son las llamas cariñosas al cariñoso socorro materno, sino protesta airada y justificada por los dolores agudos que se asientan en su vientre huido y arrugado, o hinchado y tenso. Este doloroso cuadro no es otro que el de la atrepsia, obra maestra y común del biberón infanticida;



nefasto invento con el que la madre trata de corregir los mandatos imperativos de la Naturaleza que proveyó al pecho de la mujer de glándulas ubérrimas para que ésta pueda, de manera fácil y conveniente, dar el único alimento apropiado al fruto de sus entrañas, elevando, así, la ya augusta misión de la maternidad a regiones de insospechada y majestuosa grandeza. ¡Nunca está tan alta una mujer que cuando en éxtasis de dulce embeleso amamanta a un hijo, fruto queridísimo de su amor hecho carne!

Pero digamos una y mil veces, no puede culparse únicamente a los padres de ese cuadro de sufrimientos y miserias en que cayó nuestro recién nacido. Ellos son, a los más, cómplices más o menos activos y concupiscentes. La principal culpable es la sociedad misma, verdadera enemiga de la Naturaleza madre. Porque es la sociedad, el actual tinglado social, el que hizo pobre y miserable, falto de pan, de fuego y abrigo al hogar desválido que al niño cupo en suerte. Es la sociedad la que, culpablemente, privó de cultura y atiborró de oraciones la inteligencia de la menestrala y de la modesta mujer de la clase media que, ignorante, niega el pecho a su hijo y recurre al mortífero biberón. Es la sociedad, todavía, la que mina el espíritu de la rica y linda damisela y



le incalca el sentido egoísta de la vida inútil que lleva, falta de alteza de miras y sobrada de prejuicios que atentan contra lo más noble que la vida tiene, haciendo que sus hijos vayan a los brazos de una nodriza mercenaria que cuelga el biberón clandestino a los labios del pequeñuelo para descansar ella mejor. Es la sociedad, siempre, la que falseando la obra prima de la Naturaleza hace nacer y propalar esas falaces y criminales ideas de la inocuidad de la leche de vaca, sobre la fatalidad de la muerte, sobre la insuficiencia láctea de la madre, sobre el valor prohibitivo de un nuevo embarazo, y lo que es más grave aun, sobre la ineptia del especialista que, fiel a los designios de su conciencia honrada y a los mandatos imperativos de la Naturaleza, ordena con pleno conocimiento de causa, enérgico e inflexible, el empleo exclusivo de la lactancia materna en la alimentación del niño.

Así, pues, la funesta costumbre de la lactancia artificial, —salvando, claro está, los casos de verdadera necesidad,— es preciso que desaparezca, y además, que la mujer se prepare también culturalmente para el desempeño de la sublime misión que le está encomendada, asistiendo a clases de puericultura y adquiriendo de este modo, en la práctica, la experiencia y conocimientos necesarios.



Estos conocimientos la librarán de acatar los dictados de los genízaros femeninos del hogar, los cuales tan pronto como nace un niño se apresuran a envolverle en ese cúmulo de pañales, mantillas, fajas, camisetas, baberos, etc., que aprisionan sus miembros, acorazan su vientre y comprimen su pecho, convirtiendo al pequeño en un paquete, que es una exposición de lucimiento de las habilidades costureriles de la madre, de las tías y en general de todas las mujeres que le rodean. No hay miedo, no, de que se rompa una pierna, están lo suficientemente agarrotadas para evitarlo; pero lo que no se evita es que el niño lllore sin descanso por la inmovilidad de sus miembros y que la madre interprete el llanto como signo de hambre y adelante las tomas de leche provocando de esta manera el primer empacho gástrico.

El llanto es, en efecto, el único medio de que dispone el niño para hacer valer sus derechos, el único signo de alarma y protesta, la única manera de reclamar los auxilios que le son debidos. Hay que saber, por lo mismo, interpretarlo justamente y no recurrir, para acallarlo, al sucio y peligrosísimo chupete, al biberón o a darle de mamar a destiempo.

Dejemos al niño libres los brazos y las piernas, sobre todo; su vientre y su pecho sin



ninguna opresión, aunque convenientemente abrigados; de esta forma aprenderá desde la cuna a dirigir sus movimientos, premisa indispensable para aprender más tarde a dirigir sus deseos, sus ideas y sus sentimientos.

Hablemos un poco más de la lactancia materna para referirnos a lo que, en ocasiones, constituye una verdadera e insalvable dificultad, no obstante mediar decidido interés por parte de la madre para practicarla. Quiero decir que la mujer de la clase obrera se desenvuelve en medio de las condiciones más negativas para el feliz cumplimiento de sus deberes maternales: carencia de lo más preciso, necesidad, en muchísimos casos, de salir a ganarse el sustento; falta de absoluta de preparación... Unicamente el acendrado amor de madre para su hijo, puede en nuestro país salvar en ocasiones, los obstáculos casi insuperables, con que en este terreno se dificulta o imposibilita su labor. Me refiero a las obreras que, obligadas a no faltar a sus talleres, recurriendo al expedito biberón. En estos casos es donde aparece más clara la responsabilidad del actual tinglado social. Y porque tiene conciencia de su culpabilidad se apresura cada día a tomar nuevas medidas y disposiciones legales y privadas que permitan a dichas madres lactar a sus hijos. Así fué primero la ley Rou-



ssel en Francia, que prohibió que la madre fuera nodriza mercenaria, en tanto que su hijo no hubiese cumplido seis meses por lo menos. Después la institución de salas de lactancia en todo taller u oficina en el que hubiese más de cincuenta mujeres; y por último, ha sido el subsidio obligatorio a la madre durante los primeros meses que siguen al parto, tendiendo así a dar cumplimiento al pensamiento de Lagneau; "La madre pobre debe ser la nodriza pagada de su propio hijo". Pero el nivel elevadísimo de la mortalidad infantil, entre el proletariado sobre todo, es una acusación constante para los directores del país y para la conciencia colectiva.

Aparte de estas circunstancias existen otros motivos que impiden que esta cláusula de los "Derechos del niño" se cumpla íntegramente. Uno de ellos es que miles de mujeres, casi siempre las más abnegadas, no llegan a ser madres, quedando por tal modo sin emplear una suma de energía que bien utilizadas contribuirían a aminorar la gravedad del problema del niño recién nacido. ¿Cómo podría aprovecharse esas energías? Desde luego que la evolución de las costumbres traerá consigo la solución de un aspecto de la cuestión permitiendo a la mujer una mayor amplitud para el ejercicio de la selección sexual y protegien-



do eficazmente a la madre soltera. Pero hay otras facetas que podrían iluminarse hoy mismo, con facilidad, si las mujeres que no tienen hijos se decidieran a prestar su apoyo, más eficazmente que lo hacen, en las obras que tienden a rodear de calor maternal y de hogar, siquiera durante algunas horas del día, a los niños cuyas madres se ven imposibilitadas de atenderlos debidamente.

La madre que solo concibe un hijo es madre a medias; esto está al alcance de cualquier hembra. Ser madre es contribuir, además, al sostenimiento de él; no solamente proveer a un ser humano de fuerzas, sino procurar que éstas no decaigan; no es poca cosa salvar de entre la ruina material y moral que suponen la orfandad, la incomprensión y la pobreza, una vida de entre las masas humana destinada fatalmente, dolorosamente a sufrir tanta miseria!

Al derecho a la leche de la madre va estrechamente unido el derecho a sus cuidados abnegados. El niño nace inepto para cumplir por sí solo las más elementales y perentorias necesidades de su vida. Es la madre naturalmente o la persona que haga sus veces, quien ha de ejecutar por él todos esos actos ineludibles del vivir.

Pero no son esos actos materiales: aseo,



abrigo, alimento, etc., los únicos precisos para asegurar el normal desarrollo del niño. Junto a ellos son también indispensables, aunque en grado menor, lo que pudiéramos llamar atenciones espirituales: la mirada, la sonrisa, la charla cariñosa y a ratos ininteligible para los extraños... los cánticos..., esas maneras, al parecer nimias, con que la madre sabe comunicar desde el primer momento con la naciente almita de su hijo.

Los autores antiguos conocían, ya, el valor de esas influencias psíquicas en el desarrollo del niño. Sabían, por haberlo observado, frecuentemente, que la ausencia de esas atenciones espirituales era la causa principal que hacía depauperar a los niños en los medios hospitalarios y en los orfanatos.

Estos cuidados espirituales, que casi únicamente la madre puede proporcionar con el debido amor y solicitud, vienen a constituir algo así como una especificidad psíquica; del mismo modo que la leche materna constituía una especificidad orgánica y biológica.



## DERECHO A LA SALUD

Pero no son los que acabamos de exponer los primeros derechos del niño. El primero y fundamental de los derechos del individuo es venir al mundo con un máximun de garantías de vitalidad. Con ello no se satisface únicamente el más esencial de los derechos del niño sino que se asegura la calidad de la especie y el porvenir de la humanidad. Este derecho a la salud es muchas veces el más tempranamente infringido, porque lo es ya desde el vientre de la madre cuando ésta le trasmite alguna enfermedad hereditaria o contagiosa, entre las cuales la sífilis es la más terrible y constituye por sí sola una plaga social.

No obstante en el amplio campo de las atenciones que merece la obtención de seres sanos y felices, ningún problema sufre mayor ignorancia y abandono que éste.

Es inconcebible que el hombre no tome, por lo menos, las mismas medidas para mejorar la raza humana que adopta para obtener



plantas y animales de mejores condiciones, y que en la descendencia humana se prescinda de las consecuencias de las leyes hereditarias que, desde luego, se cumplen fatalmente en lo que a caracteres fisiológicos se refiere, y no con tanta claridad y precisión en la herencia psicológica, tal vez por ser muchos los factores que intervienen, además de las leyes mendelianas.

Se llaman así, leyes mendelianas, por haber sido el monje agustino de Brunn (Checoslovaquia) el primero que, con sus estudios sobre cruzamientos con guisantes, proyectó una luz extraordinaria sobre estas curiosísimas cuestiones de trascendental importancia.

De las leyes que como consecuencia de sus prolijos estudios sacó Mendel, dos son las más importantes, y suficientes para demostrar lo que me propongo.

Estas dos leyes son: **ley de disyunción** y **ley de distribución independiente**.

La primera consiste en lo siguiente: Cruzando dos flores de dondiego de noche, una roja y otra blanca, se obtienen vástagos rosados todos ellos. Si autofecundamos estos dondiegos rosáceos obtenidos como resultado del primer cruce, darán descendientes de tres clases: blancos y rojos, como los abuelos, y, además rosados como los padres. Si el número de nietos es



abundante, lo cual procuraremos, podemos observar que existe la siguiente proporción:

1 rojo, — 2 rosáceos, — 1 blanco, —;

es decir, hay tantos rosáceos como blancos y rojos juntos.

Se llama **gen** al elemento, factor o causa que se halla en los gametos fecundantes y determina en el hijo alguno de los caracteres que existen en su progenitor. Como quiera que en los gametos hijos se halla un **genetipo** que reúne las características blancas y rojas de los padres y luego se separan forzosamente para engendrar a los nietos dando gametos en número igual de ambas clases y nunca puede contener un gameto los dos **genes**, resultará que si en el óvulo fecundado se han unido dos genes rojos aparece la flor roja, si concurren en el óvulo genes blancos, resultará flor blanca, y, por último, si son genes opuestos, la consecuencia es flor rosada.

El que acabo de exponer, creo que con claridad suficiente, es el descubrimiento más importante de Mendel; y digo más importante porque viene a demostrar que reaparecen los elementos puros de los antepasados (homocigóticos), separados de los híbridos (heterocigóticos).

No siempre ocurre así. Hay casos en que



aparece esta ley menos clara aunque no por ello menos elocuente. Si, por ejemplo, se cruzan conejos domésticos, la hembra parda y el macho blanco, o al contrario, los resultados primarios, es decir, los hijos, serán pardos. A este tono pardo que aparece en esta primera descendencia se le dá el nombre de **dominante** y al blanco que pertenece oculto se llama **recesivo**. Si estos híbridos los cruzamos entre los productos obtenidos son ya de las dos clases: pardos y blancos en la siguiente proporción: por cada tres pardos habrá uno blanco. En esta experiencia falta el tipo intermedio. La única razón admisible es que el pardo ha obscurecido al blanco. Por eso al primero se llama **gen dominante** y al blanco **gen recesivo**.

La segunda importante ley que vamos a considerar y que demuestra la posibilidad de obtener nuevas razas de animales por cruzamientos seguidos de selección, se llama "Ley de la distribución independiente".

Esta segunda ley es consecuente de una experiencia más completa que la anterior. Veamos.

Si cruzamos organismos cuyas diferencias sean de dos caracteres distintos, y no uno como antes; por ejemplo: un macho pardo de pelo corto y una coneja de ángora, que tenga el pelo largo, los hijos de esta unión serán par-



dos con pelo corto. Si ahora unimos entre sí los híbridos obtenidos, el resultado es de mayor complicación, pues habrá nietos de cuatro clases:

pardos de pelo corto	blanco de pelo corto
pardos de pelo largo	blancos de pelo largo

Si los pares de diferencias son mayores, también se cumplen esta ley, lo cual explica la variedad tan enorme que existe en cada especie.

En el cruzamiento de mulatos parece que no se cumple la anterior ley. Nunca aparece el blanco o negro de los originarios antepasados. Esto se puede explicar diciendo que la aparición de un carácter es debida algunas veces a un conjunto de genes, y bien puede suceder que el color negro de esa raza sea debido a la acción de varios genes de efecto acumulado y que dominan parcialmente a los genes portadores del carácter blanco.

Estas leyes mendelianas esclarecen perfectamente las herencias patológicas tan frecuentes en los matrimonios consaguíneos.

Existen casos de matrimonios de personas enfermas cuyos hijos son normales; esto ocurre cuando el defecto corresponde a un gen recesivo de la persona enferma que se une con un gen normal dominante de la persona sana;



entonces, ya digo, la anormalidad no aparece. Pero si la persona enferma se casa con un pariente, hay peligro, —que aumenta con el grado de consaguinidad,— de que se junten los dos genes patógenos, en cuyo caso el resultado es lamentable para la descendencia.

Esto explica la degeneración de todas las dinastías reales conocidas y bien estudiadas, donde los matrimonios entre parientes es lo corriente, viniendo por tal modo acumulando taras psico-patológicas desde siglos atrás. Taras que se perpetúan y aumentan constantemente por la razón antes dicha.

Si estudiamos con algún detenimiento, —no hace falta mucho,— las dinastías que han reinado en España y fuera de ella, nos convenceremos hasta la saciedad de lo anteriormente dicho y de que no hay lección más terrible ni prueba mejor del pavoroso castigo que en sus propios seres y en su descendencia reciben los que se creen, con soberbia sin igual, —“monarcas por la gracia de Dios”—. Pero ese Dios de cuyo nombre abusan, castiga su orgullo haciendo de ellos verdaderas piltrafas humanas, deformes y degenerados, en cuyos cerebros anidan los gérmenes de la locura.

¡Lo trágico es que son los pueblos los que sufren las tremendas consecuencias de este



drama biológico, de esta eugenesia de sentido negativo!

Yo recomiendo a los que le interesen estas cuestiones que lean la obra de Gonzalo de Reparaz y en ella encontrará abundantes datos que llevará a su ánimo el convencimiento de lo que afirmo.

El hacer hijos no es cuestión meramente cuantitativa, lo es, principalmente cualitativa. El hombre consciente y libre es un producto infinitamente delicado y noble, para cuya obtención son pocos todos los esfuerzos de selección.

Es lamentable que se cuide con tanto interés de la selección y mejoramiento de las razas animales con los fructíferos resultados que la zootecnia nos muestra continuamente, y no nos cuidemos igualmente de la especie humana, contando con los procedimientos y los recursos que hoy día nos suministra la ciencia, dejando al azar el futuro de la Humanidad bastante azotada ya por la peste, el hambre, las guerras y la isania de todas clases.

Con lo que la zootecnia nos enseña con claridad meridiana, nadie podrá dudar de la eficacia de los procesos de la **homocultura**. Los conocimientos derivados de la práctica y de la experimentación, recogida a través de tantos años de selección animal y vegetal, constitu-



yen valiosas indicaciones las cuales permiten asegurar que las personas, lo mismo que los animales domésticos, son susceptibles de las mismas influencias mejoradoras.

Es natural que los recursos que deban emplearse sean distintos.

La voluntad seleccionadora por lo que se refiere a los animales es única, pues corresponde solamente al que los cría. En el caso del hombre esta voluntad seleccionadora tendrá que condicionarse por imperativos sentimentales, principios morales y otras circunstancias que no es posible dar de lado haciendo caso omiso de ellas. Son muchos los tropiezos que deben ser desarraigados y los obstáculos, al parecer insuperables, que han de ser allanados; pero, aun así, la homocultura será practicable y practicada dentro de algunos lustros y tal vez de algunos años.

Llegará un día, —decía yo en una conferencia pronunciada en 1934 (en algunos países ha llegado ya en parte, como en la Argentina), — llegará un día, repito, que un individuo para contraer matrimonio tendrá que someterse, previamente, a un minucioso análisis de su persona y a un examen de su genealogía, y solamente después de obtener los correspondientes certificados favorables de su estado de salud física y psíquica y demás factores que



influyen de manera importante en esta cuestión, gozará del honroso y feliz derecho de contraer matrimonio prolífico. Al decir **matrimonio prolífico** no me he equivocado, porque los individuos considerados como inaptos o perjudiciales para la procreación de seres sanos y felices, podrán usar del matrimonio pero sin consecuencias que den como resultado traer al mundo hijos condenados de antemano a una vida de padecimientos e infelicidad, que serían mudos y perpetuos acusadores de los que le dieron el ser, los que a su vez no pueden sentir jamás satisfacción ni tranquilidad ante un desgraciado que lo es por su culpa egoísta y por sus prejuicios ultramontanos.

Además, esas parejas taradas no tienen derecho a cargar a la multitud que se agita, que se esfuerza, que trabaja: el peso muerto de una tremenda masa de débiles mentales, degenerados, de anormales... que son sus parásitos y retardan notablemente, como una rémora, la ascensión rápida hacia el ideal de una Humanidad en la que la justicia, la paz y el bienestar formen el triángulo sustentador sobre el que descansen segura y firmemente. Ese peso muerto que son las cárceles, los manicomios, los sanatorios, los hospitales..., en su mayor parte desaparecerían, y desaparecerán



sin duda, cuando la homocultura entre a formar parte del programa de los gobiernos.

Si la Eugenesia llega hasta el fracaso en determinadas circunstancias, no es defecto suyo sino falta de cooperación, la cual solo podrá encontrarse en un régimen de libertad, sin las gazmoñerías ni susceptibilidades de una vieja moral hipócrita.

“No se equivocó la Naturaleza al dotar a la Humanidad de sexos”, —he leído no recuerdo donde,— la procreación es un fenómeno necesario, determinado en su génesis y en su desenvolvimiento por una serie de momentos sublimes a los que hay que llegar con la unción que exige el cumplimiento de este deber, el más importante que acaso tenga el hombre, pues lleva anejo una enorme e inigualada responsabilidad. Es preciso desoír las voces enfermizas de los que ponen la santidad como remedio único para evitar todas las degeneraciones. En las personas normales la unión para la procreación lleva siempre, indefectiblemente, el sello de la bendición divina en el hijo sano y fuerte; por el contrario, el matrimonio entre los anormales y tarados de cualquier clase, es una inmoralidad, a pesar de todas las consagraciones habidas y por haber, porque fatalmente es un insulto a la raza que se verá menospreciada y rebajada en los hijos des-



dichados de estos desgraciados inconscientes.

Marañón dice refiriéndose a esto. "Se cuida de la calidad de los tomates que cultivamos y de los caballos que criamos para que el margen de ganancia sea mayor, y no se atiende a la condición de los hijos porque no son productos vendibles y, porque en esta importante y trascendental cuestión de la vida, la pasión, el capricho o las conveniencias sociales nublan y diluyen el sentido de responsabilidad. La equivocación no puede ser mayor. Aun en el terreno del más grosero egoísmo el hijo que por nuestra culpa nazca raquítico, escrofuloso o sifilítico, enfermo en una palabra, nos ocasionará gastos cuantiosos y molestias sin fin que en manera alguna compensarán el amor con que fué engendrado o los beneficios materiales que nos proporciona un matrimonio ventajoso".

Ni por razones sentimentales ni dentro del campo de la lógica, puede admitirse que se encuentren satisfechos unos padres que han dado la vida a un ser que por haberla alcanzado está condenada a la infelicidad constante. No cabe duda, además, que por ese camino avanzamos a pasos agigantados hacia la máxima depauperación física y degeneración mental.

Ni los estados, ni la sociedad y menos las religiones toman medidas para exigir la salud



de los futuros padres, lo cual no sería nada más que asegurar el derecho a la salud que tiene el hijo. Tampoco en el caso frecuente de padecer uno u otro, o los dos, enfermedades transmisibles, se impide el matrimonio; en cambio se consideran como crímenes morales toda medida preventiva que se adopte para evitar el nacimiento de seres seguramente enfermos.

Constantemente vemos por las calles de todas las ciudades del mundo, seres que nunca debieron nacer, porque ellos mismos se sienten desgraciados y además constituyen, como hemos dicho anteriormente, una carga enorme para la sociedad que debe sostener manicomios, sanatorios, cárceles, hospitales, asilos... para esas pobres gentes que desde antes de nacer están inexorablemente condenadas a una vida llena de miseria orgánica y pobreza espiritual.

A este sombrío cuadro debemos añadir el color **letal** que le dan tantos hombres terriblemente egoístas, deshechos moralmente, que se acogen al matrimonio como tabla de salvación, después de haber dejado lo mejor de su vida juvenil en el burdel que los ha encanallado, además. Y después, aun falta el **tono fangoso** de esos inmundos tugurios que forman el cinturón de muerte de todas las grandes ciudades del mundo, los ejércitos de proletarios



sin trabajo, el alcoholismo, la usura, la explotación de mujeres y niños en esta época de brutal y desalmada competencia... ¿y qué más aún? ¡Todavía más monstruosos!; la teoría de la **guerra totalitaria**, que ya es lo suficientemente salvaje en teoría para demostrar el grado de degeneración a que han llegado los cerebros que la concibieron y los pueblos que son capaces de ponerla en práctica, y que de hecho ya la han practicado en la desgraciada patria mía, digna, por sus altos ideales, de mejor suerte.

Debido a lo anteriormente dicho y al sistema por el que se supeditan los intereses de la raza y de la humanidad a los egoísmos personales, —egoísmos mal entendidos, por supuesto,— se van depauperando rápidamente las nuevas generaciones; no solo porque estos individuos inferiores siguen viviendo gracias al sentimentalismo que anula los efectos estirpadores de la selección natural, no solo por eso, sino porque engendran hijos que luego serán degenerados hereditarios en una progresión aterradora. Basta para convencerse de ello conocer el caso de Ada Juque, una norteamericana que de 2820 descendientes, que en pocas generaciones ha tenido, viven en la actualidad 600 imbeciles. Esto demuestra, además, que las mujeres de inferioridad mental



tienen comunmente un número elevado de descendientes. Por eso los locos, los cretinos, los criminales, los idiotas, los imbéciles, los epilépticos, los neurasténicos y los tuberculosos son en la mayoría de los casos productos de familias numerosas de la categoría de la de Ada.

Para sentir el optimismo, la alegría de vivir cotidianamente, es preciso haber nacido sano de cuerpo y de espíritu, es decir, no deber a nuestros antepasados ninguna tara degenerativa que tan desgraciados hacen a los individuos que la poseen y a la sociedad que los recibe.

Es de necesidad absoluta conocer el peligro de adquirir enfermedades que tienen semejante trascendencia, teniendo siempre presente la enorme responsabilidad moral que se contrae para con los que habrán de ser nuestros hijos con los que no cumplimos trayéndolos a la vida solamente, y mucho menos cuando imprimimos a su germen la marca fatal de la desgracia, que luego le acompañará durante toda su vida como una maldición que no merecen.

Si miramos a nuestro alrededor tendremos la evidencia indiscutible que gran parte de nuestro pueblo se encuentra en progresivo estado de inferioridad somatopsíquica, como consecuencia de factores morbosos heredita-



rios y concepcionales. Si miramos las estadísticas conoceremos que entre mil doscientos setenta niños nacidos que fueron sometidos a un examen adecuado, solamente cuatrocientos cincuenta, esto es apenas un tercio de ellos, constituían elementos aprovechables para la comunidad humana.

De todo lo anteriormente dicho sacamos a la luz de la verdad y de la razón una consecuencia: el hijo, es decir el niño, tiene indiscutible **derecho a la salud** siendo al menos un fruto de la maternidad y paternidad conscientes. Aunque el ideal sería que fuese un producto de la más cuidada y exquisita selección humana.







## DERECHO A LA VERDAD Y DERECHO A LA LIBERTAD

La biología, ciencia de la vida material, y la psicología, ciencia de la vida espiritual, nada en particular nos hablaron del niño hasta hace muy poco tiempo. Tanto es así, que si hubo algunos estudios de una pretendida psicología infantil, fué como un camino o un medio que ayudara al conocimiento psicológico del adulto. Al niño se le consideraba como un **homúnculo**, que es como decir un hombre en miniatura, sin personalidad independiente, ni intereses, ni necesidades propias y distintas. De él se creía que, como hombre en pequeño, solo se diferenciaba en la cantidad de **ingredientes** con respecto al adulto, es decir, en riqueza de sentimientos ideas y experiencias.

Por el contrario, hoy se estudia el alma del niño, —y así debe ser,— independientemente de la del adulto, como cosa distinta, toda vez que existen pruebas notorias de que el **mundo**



en que se desenvuelve el niño es distinto del que los adultos nos hemos creado artificialmente.

Domingo Barnés, en su libro "La Paidología" estudia las principales diferencias psicológicas y somáticas que califican al niño, según decimos, como algo cualitativamente distinto del adulto y no como una simple diferencia de grado en el contenido. "El niño, —dice,— no se convierte en hombre por una **ampliación** de lo que es, sino por una verdadera y larga **evolución**".

Los modernos estudios de psicoanálisis nos enseñan claramente que el espíritu infantil no solo es distinto en cualidad y en contenido; lo es también en la diferente actitud que adopta ante el mundo. El hombre procura participar en la vida de los demás y a que los demás participen en la suya. Lo contrario le sucede al niño para quien el mundo es él mismo y su vida es un coto cerrado; esto es: el niño es egocéntrico. El hombre instruído, el hombre que posee una cultura apreciable, trata constantemente de hacer una síntesis de todo lo que le rodea porque con anterioridad lo ha estudiado descubriendo sus factores y analizando sus partes componentes. Lo opuesto sucede en el niño para quien no existe nada más que un conjun-



to totalitario visto a través de su temperamento, a través de su "yo".

Además debemos añadir, que el mundo del niño es algo así como una creación suya debida a su poderosa imaginación, la cual hace que las cosas pierdan su realidad para transformarse en lo que él quiere que sean. Por ejemplo: basta desear que una caña o una escoba sean un caballo fogoso para que en el acto lo vea como tal. He aquí el secreto de su felicidad. Por esto se siente dichoso, porque con su maravillosa fantasía ve satisfechos todos sus deseos, y por eso sufre cuando con nuestra incompreensión de adultos, perturbamos sus representaciones con nuestros actos y con nuestras palabras.

Esta subjetividad de las cosas se extiende igualmente al tiempo. Para el niño las cosas duran, no lo que indican las medidas adoptadas al efecto, sino lo que él desea que duren. Para el niño no hay más tiempo que el **presente**. Lo pretérito y lo futuro, son de una lejanía tal que pierden sus condiciones de estados existentes. La casi totalidad de los niños aceptan el misterio del mañana como algo que no ha de venir jamás. Por lo común no saben medir el tiempo como no sea por lo que ellos hacen. Es la **hora de jugar**, es la **hora de merendar**, es la **hora de salir de la escuela**. Esto solo es



comprendido por la acción que sigue a las palabras no porque el reloj marque tal o cual número de su horario. Debido a la misma causa, tampoco son capaces de concebir grandes lapsos de tiempo, y así es frecuentísimo que confundan, en el tiempo, hechos entre los cuales han mediado a veces centenares de años. **Muy pronto** puede significar para ellos, cuando esperan algo que desean, lo mismo diez minutos que unas cuantas semanas.

También en el campo de la ética se ha cometido con el niño no menores equivocaciones. y, lo que es peor, se siguen cometiendo en nombre de una moral que no lo es en el sentido justo del concepto. Porque la moral significa, en buena ética, acomodación de la conducta a fines lícitos, y como los niños actúan siempre de acuerdo con las exigencias inequívocas de su naturaleza, se deduce, lógicamente, que en ellos no cabe la idea de lo inmoral. La conducta del niño, por lo tanto, en las primeras épocas de su vida, es perfectamente moral; a lo más será amoral, pero entiéndase bien, nunca es inmoral.

Al hablar de moral me refiero a una moralidad amplia, universal, basada en la razón. Moral que, dicho sea de paso, es la única que para mí cuenta y, por lo mismo, la única digna de considerarse.



Y siendo la verdadera moral de índole universal, no puede, no debe fundarse sobre ninguna clase de conceptos teológicos, distintos y aun contradictorios entre sí. Por esta razón tan poderosa debemos exponer sencillamente la trascendencia de los diversos actos humanos, ya sean buenos o malos en el sentido único del bien y del mal.

Reconozcamos, no obstante, a fuer de sinceros, que pudo haber elevación de miras, y, hasta oportunidad histórica haya tenido el imponer a determinados grupos humanos, cuya cultura se hallaba en estado embrionario y su razón mediatizada por intereses de bastardo origen, ciertos preceptos y doctrinas emanados de una divinidad terrible y colérica. Pero una vez que la humanidad ha llegado al desarrollo que hoy tiene, resulta no solo improcedente y anacrónico sino además revelador de una estrechez mental el hablarle al hombre, y sobre todo al hombre en periodo de formación, otro lenguaje que no sea el de la razón como máximo esponente de dignidad humana. Esto sin menoscabo, naturalmente, de las creencias que tengan, o no, de los destinos ultraterrenos, que son completamente independientes de las verdaderas normas éticas de la vida.

La moral, tal y como la concebimos, no es



más que la justicia impregnando todas nuestras manifestaciones, y como los hombres — dígase lo que se quiera, )— tienen originariamente un concepto acertado de lo recto y de lo justo, éste es el que la educación moral debe encauzar perfeccionándolo a la par. Esta moral está basada con firme sustentación en el conocimiento natural de los deberes del hombre en la vida, y no en las interpretaciones acomodaticias de unos discutibles preceptos, de no menos discutible origen, por personas de sospechosa ecuanimidad, a causa de su unilateral visión de los problemas que la Humanidad tiene planteados. Yo, y conmigo muchísimos más, consideramos que cualesquiera sean las opiniones que de lo extra o ultra-terrestre se tenga, y, bien se afirme o niegue la existencia de un Ser Supremo, los deberes morales en la vida social y en la vida particular, mejor dicho, personal, serán objetivamente los mismos. Las relaciones entre los humanos no deben sufrir variación o alteraciones según se admita uno u otro dogma, una u otra doctrina filosófica; ni la virtud y el vicio cambian de naturaleza.

La moral humana debe ser basada exclusivamente en principios humanos.

Después de lo dicho añadamos que la educación moral, que consiste en la práctica y cumplimiento de los deberes, debe inspirarse en



principios comunes a todos los hombres, independientemente de las divergencias políticas y religiosas, habituando a los niños a la recíproca tolerancia, a la solidaridad y al estímulo por el mutuo auxilio. La moral, en fin, debe ocuparse del arte de **vivir felizmente** y a conseguirlo se encaminan las reglas, preceptos y prácticas que nos impone a fin de guiar al hombre por el camino del bien hacia la perfección...

No debemos olvidar que uno de los principios fundamentales de la educación moral que propugnamos, es la libertad. Pero tengamos presente, también, que libertad no es libertinaje, y, menos, desorganización; que no consiste en la licencia y de ello es necesario persuadir a los niños, y a los que ya no lo son, así como de que la absoluta libertad individual no existe, debido a que la de cada uno está condicionada por la de los demás. Los más fanáticos defensores de la libertad están incapacitados para sostener lo contrario.

Además el contrapeso de la libertad, — como dice Sluys—, es la responsabilidad, la cual debe penetrarlo todo en todos los lugares y momentos del día.

Es de fundamental consideración al llegar a este punto, decir que toda la construcción educativa que edifiquemos sobre la idea de la



responsabilidad cae por su base si no es posible que los actos del hombre y del niño sean expresión sincera y espontánea de su libre albedrío; porque la teoría del determinismo es sinónimo de negación de la libertad, y en este sentido se considera, por mucho que sus partidarios se esfuercen en negarlo. No podemos decir que educamos al niño para la libertad si no le permitimos el uso libérrimo de sus propios sentidos.

De la libertad así entendida nace la disciplina que es, por lo mismo, una consecuencia y jamás debe ser considerada como un medio. No es tampoco un derecho, sino una virtud que se adquiere por el ejercicio de la responsabilidad. "La libertad no se enseña ni se aprende más que practicánola en el duro pero honroso ejercicio de la responsabilidad", —escribe un prestigioso pedagogo español. El día en que todos sean responsables de sus actos, la disciplina será un hecho y no una ficción impuesta por medios coercitivos que denigran la dignidad humana de quienes la soportan y de quienes la aplican.

La libertad, —podemos agregar con Marcelino Domingo—, es necesaria al desenvolvimiento moral, como el aire y la luz son necesarios al desarrollo de nuestra vida física" Por esto cuando realizamos ideales íntimamente,



arraigadamente sentidos, somos capaces de apreciar que vivimos los momentos más valiosos de nuestra existencia. Mas la libertad no es completa, dentro de lo posible, si solamente la ejercitamos tomando como puntos de referencia a nosotros mismos y las cosas. La libertad para merecer este nombre es preciso desenvolverla igualmente en el medio social, para así aprender a contenerse prudente y sagazmente ante los humanos derechos que, naturalmente, se oponen a su expansión indefinida, dañosa para su propia esencia.







## DERECHO A UNA EDUCACION SEXUAL ADECUADA

Estudiando los derechos del niño en la organización social, en cuanto a la ética se refiere, es preciso, aunque doloroso, decir que aquí es donde se cometen contra el niño los mayores atropellos, donde campan las mayores injusticias, donde se sustentan los mayores errores y donde, en consecuencia, es más urgente y necesaria la propaganda de ideas y medios que garanticen el derecho de los niños a ser convenientemente dirigidos.

Se comienza por imbuir el escrúpulo moral que mantiene a los hijos en una peligrosa ignorancia respecto al acto de su nacimiento engañándoles con una serie de mentiras y parruchas a cual más absurda y grotesca, y luego, no se tienen remordimientos al lanzarlos indefensos, en ese sentido, al tráfago de la vida social que los pervierte, o para explotarlos de la manera más inicua que puede concebirse.

Entre los mitos más corrientes que em-



plean los padres para **explicar** el hecho tan sencillamente natural del nacimiento de un hermanito, figuran la cigüeña portadora de un envoltorio con el pequeñuelo, o el cajón que envían de París con el mismo precioso contenido. Pronto se convencen los niños que estas cigüeñas maravillosas no aparecen por parte alguna y que tampoco los niños son traídos de París, pero en cambio suceden visibles hechos y transformaciones de índole variada que llenan de asombro y dudas al niño, el cual, naturalmente, por medio de su eterno interrogatorio, pide las oportunas explicaciones que le saquen del cúmulo de dudas en que se halla perdido, debido a las múltiples observaciones que ha llevado a cabo. Así se explica que la casi totalidad de los niños al llegar a los ocho años haga la consabida pregunta: ¿Cómo vienen realmente los niños? Igualmente a esta edad es común el deseo de conocer el uso de las partes de su cuerpo, y en ese sentido inquieren, indagan por todos los medios de que disponen, preguntando a todos los que encuentran asequibles. ¡Felices los que hayan tenido ocasión de interrogar a su propia madre la primera vez, recibiendo de ella una respuesta valiente, sencilla y verdadera!

Al niño siempre se le debe decir en esto como en todo la verdad. Tiene derecho a la ver-



dad, que les es debida como alimento espiritual, del mismo modo que estamos obligados a darles el alimento y el abrigo. Además el conocimiento de la verdad hace a los hombres libres.

Pero dirán muchos: ¿qué clase de verdad es esa a que tiene derecho el niño? Y sobre todo ¿cómo ponernos de acuerdo sobre la **clase de verdad** que el niño reclama, tácitamente unas veces, desde el fondo de su alma, y otras con sus constantes preguntas llenas de sana curiosidad. Sin embargo, es fácil ponerse de acuerdo cuando el cerebro no está cegado por los prejuicios de la intolerancia. Cosas ambas que sufren los que se creen, con sin igual soberbia, en posesión de la verdad absoluta.

Si el apasionamiento se lo permitiera, debieran no ignorar que existe en el mundo una verdad objetiva, externa a nosotros, que nos llega directamente por los sentidos y que responde más o menos fielmente a la realidad física de las cosas. Que una naranja junto a otra naranja hacen dos, y que el Sol aparece cada período de tiempo por oriente y se oculta por occidente son verdades de esa naturaleza. Pero que exista o no un Dios creador de todas las cosas, y que sea o no inmortal nuestra alma; que el infinito sea exterior a nosotros o no lo sea, son verdades de otro orden, verdades subjetivas, íntimas a nuestro ser inteligente y sen-



sible, elaboradas por nuestros centros cerebrales, sin que nos sea dado asegurar en cada caso si ellas concuerdan o no con la realidad.

Pues bien, la verdad que estamos obligados a inculcar en el niño es solamente la primera, la objetiva que forma parte de la instrucción escolar y universitaria. Debemos al niño la verdad matemática, la verdad histórica, la verdad biológica. Las otras, las verdades fruto de revelaciones divinas a hombres de razón no siempre equilibrada y de ensueños de profetas más o menos visionarios; debemos dejar que surjan espontáneamente de la mente infantil, sin coacciones por nuestra parte, sino como resultado del contacto con las cosas, con los libros y con los hombres.

Pero me he apartado de mi propósito y vuelvo a él diciendo que al niño, y sobre todo al púber, se le debe decir, desde luego, la verdad en todo; pero entiéndase bien, no toda la verdad cruda y bruscamente revelada, sino la cantidad de verdad conveniente según la edad, temperamento y otras circunstancias que es muy necesario tener en cuenta. Por estas y otras razones que iremos desmenuzando, propugno por que al llegar a una edad en que cabe un poco de reflexión y comprensión, con palabras llenas de seriedad y discreción se ilustre al niño (al decir niño me refiero igualmente a



las niñas) en actos tan trascendentales como son el de la generación en general y el de la generación humana en particular, como un caso más de la pedagogía de la perpetuación las especies.

Desgraciadamente nos encontramos con innumerables niños que obtienen sus primeras informaciones sobre esto en fuentes nada deseables ni recomendables, de tal manera que no solo quedan torcidamente informados sino que se establece una pésima y morbosa actitud respecto al problema sexual en conjunto. Si los padres y maestros se diesen cuenta, verían que al no ser ellos los informadores oportunos sobre tales cuestiones, no solo mantienen a los niños en peligrosa ignorancia sino que con sus injustificadas evasivas y absurdas mentiras levantan una barrera de desconfianza y silencio que no es posible derribar más tarde, cuando comprenden su equivocación de dolorosas consecuencias las más de las veces; porque al no obtener respuesta, los niños inquietan, indagan con mayor ahinco y redoblada curiosidad, hasta que, al fin, acaban por obtenerla en fuentes viciadas, groseras y pervertidas.

Tal vez sea este el tema más interesante de la pedagogía de todos los tiempos, y tal vez sea también, el más complicado. Es para mí axiomático que si se quiere hacer del niño un fu-



turo hombre libre, esto es, sano de espíritu, es preciso moldear su sensualismo. Este sencillo postulado responde elocuentemente a un principio educacional y a un fin de ética.

Debido, además, a su indiscutible importancia persisto en el tema permitiéndome trazar en su torno unos cuantos pensamientos breves, pero sinceros, que responden a convicciones arraigadas en mí a través de mis fructíferos años de educador.

De todos los males que con una equivocada y mojigata educación moral pueden hacerse al niño, descuella en primer término con relieve extraordinario, el encadenar su sexo. Esto puede llevarlo a un desenlace funesto; quizás a hacer del niño, hembra o varón, un tipo andrógino de sensibilidad equívoca, o por lo menos hacerle conocer, sin necesidad, el drama, ¡trágico en ocasiones! que todos sabemos por haberlo vivido en la juventud. ¡Y menos malos que hemos podido salir airoso de él sin dejar demasiados jirones de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu!

El espíritu, como el cerebro, debe formarse a golpes de cincel, que en nuestro caso llamaremos educación. La naturaleza, no; ella obra rectamente, sabiamente, oportunamente. Por eso el ir contra sus imperativos categóricos es ir contra la humanidad.



Con miras egoístas, o tal vez por desconocimiento de la psiquis infantil, se deja casi siempre al margen este tema educativo; como si se tuviera miedo en abordarlo por tratarse de algo vergonzoso. Nada más pueril, ilógico y equivocado. Los que tal hacen siguen la táctica del avestruz, que pretende ignorar y evitar el peligro escondiendo la cabeza bajo el ala, con lo cual no hacen sino empeorar la situación. Piénsese que lo que el niño no sepa por haberlo **bebido en fuente limpia** le será dicho precozmente por el amigo. Y esto, que puede saberlo con toda la belleza que el tema encierra, le es contado al oído por el compañero, que mezcla inconscientemente las larvas de la lujuria con el sublime aleteo del amor hecho verbo.

Nada más sencillo, por otra parte, que dar al niño una lección sexual. La biología toda nos brinda un bello campo de exploración con su fauna y su flora.

Así como la simiente produce la flor que nos da su aroma deleitoso, así como la airosa palmera macho lanza a su compañera el germen generoso, que el viento amigo y confidente se encarga de transportar, y así como el insecto deposita su huevecillo que el macho se encarga de fecundar para dar vida a otros seres, y el ave madre incuba sus huevos previamente fertilizados por su amoroso compañero;



así también, el hombre y la mujer en lícita unión dan vida al fruto de sus entrañas.

De esta sencillísima manera, ascendiendo de la planta irracional y de este en sucesivas graduaciones al humano, el maestro, el padre o la madre muestran al niño todo el proceso de la procreación y de la continuación de las especies y de los hombres que sin el don de la gestación acabarían fatalmente por sucumbir.

Ya explicado el tema es tarea fácil deslizarlo hacia los linderos de la propia sexualidad infantil. Y dentro de este círculo podemos aconsejar, sin que el profesor ni el discípulo sientan subir el rubor a sus mejillas puesto que la lección ha sido todo lo natural, sencilla y limpia que debe ser.

Es de trascendental importancia no dejar el acoso de las conversaciones entre los niños, —sobre todo entre los adolescentes—, el cuidado de comunicar las noticias que conciernen a la vida sexual. La falta de información en el hogar y en la escuela, unida a los conocimientos obtenidos en la calle, es una de las razones por las cuales la mente del niño es asaltada por pensamientos perturbadores. En el hogar se deprime y critica esta curiosidad, que es perfectamente natural; la escuela se inhibe de satisfacerla, y al deleitarse subrepticia y torpemente el niño desata un conflicto emocional



que le predispone a seguir conductas harto dudosas. Por lo mismo, es necesario tener la precaución de adelantarse a la iniciación de estos conocimientos con el fin de que las alusiones maliciosas, las frases groseras y las perversiones múltiples que de ésto pueden derivarse, no se produzcan o no despierten una curiosidad malsana que conduce frecuentemente a la explotación física de su misma ignorancia por parte de muchachos ya torcidos, o por adultos pervertidos y viciosos.

Piensen despacio, con el detenimiento que merece el tema, y reconozcamos que el no darle una solución adecuada puede hacer de nuestros discípulos y de vuestros hijos seres enfermos, cuando no débiles naturalezas propensas a toda maldad y a todo vicio.

Inhibiéndonos con hipócrita cobardía de estos problemas, no exponemos a que en la edad crítica de la pubertad por no saber nada lo presumirá todo, y a una caída en aberraciones de fatales consecuencias.

Hay familias y existen instituciones que mantienen la separación de los sexos durante mucho tiempo, aumentando con ello el misterio del uno para el otro, como si se tratase de mundos distintos en vez de educarlos encauzándolos en un principio para la convivencia.

Ahora vuelve a plantearse el algunos países el dilema de si es bueno o malo el sistema



de educación basado en el régimen de convivencia de niños y niñas. Yo creo que la educación primaria, cuando menos, en común, no puede tener sino ventajas. "La niña y el niño se habitúan con el mutuo trato cotidiano y adquieren esa serenidad y respeto que nace de la naturalidad, la cual ya no se borrará nunca. Y la naturalidad es un preventivo que no iguala el blanco hábito de un cartujo". Además en la vida social los sexos no viven separados, y la familia es coeducativa cuyo carácter constituye el fundamento de su moralidad.

Los fracasos que los pedagogos (especialmente los nuestros) nos pueden citar del régimen de convivencia intersexual, se debe a las influencias externas a la escuela, las de la calle, las del propio hogar en ocasiones, que se sobreponen a la influencia benéfica de la convivencia en la escuela misma. Pero cuando estas no son neutralizadas, solo beneficios se obtienen de la vida escolar en común.

Conste, pues, que los que pretenden velar por la moral manteniendo la separación de los sexos más allá de lo que la prudencia aconseja y la naturaleza demanda, consiguen efectos contrarios y fomentan la inmoralidad. La moral está siempre del lado de la luz.

De todo lo cual se deduce con claridad zenital, que el niño tiene **derecho a una educación sexual adecuada.**



## DERECHO A LA ASISTENCIA SOCIAL

EL HUERFANO Y EL ABANDONADO SERAN RECOGIDOS: dice el artículo segundo de la "Carta de los derechos del niño". Detengámonos. Merece la pena poner de relieve muchas cosas desconocidas tal vez para algunos, aparte de que es un deber de conciencia para nosotros difundir por todos los medios a nuestro alcance la situación en que se encuentran en casi todas partes, y en España... y en la Argentina que es lo más interesante para nosotros, los niños abandonados y desvalidos.

Es verdaderamente triste y vergonzoso que en el siglo XX aún esté basada la beneficencia en la consabida "caridad", la cual pudo en la antigüedad, y aún en la Edad Media, reportar innegables beneficios, pero que en los tiempos actuales es inútil tratar de resolver este problema, —pavoroso en los trágicos momentos que vivimos—, basándose en aquella.



Primero, por su enorme volumen, y segundo, porque la caridad de hoy es muy distinta a la esos tiempos pasados.

Muchas han sido las instituciones dedicadas al amparo y protección de la infancia, pero he de decir que salvo rarísimas excepciones, estos centros no han sido otra cosa que meros "almacenes" de criaturas enfermizas que se recogen en la calle, más que por un sentimiento de amor y de justicia, por el deseo egoísta de librar a la sociedad de ese espectáculo tan lamentable como abrumador en su muda acusación, de la mendicidad infantil, con cuadros verdaderamente expresivos de la miseria que padecen. Casi siempre esta recogida se aprovechaba también para fines políticos, puesto que, efectivamente, al niño se le recogía en la calle de un modo espectacular, pero después nadie se preocupaba de saber a donde iba ni como vivía. La mayor parte de las instituciones dedicadas a la protección de la infancia y de la juventud eran en España, y fuera de ella, a todas luces nocivas para los menores, debido al desconocimiento que de ellos tenían las personas que habían de tratarlos, y por el espíritu que regía en estos centros, conocidos genéricamente con el nombre de "asilos".

A poco de ingresar en ellos, el niño perdía sus características personales, adquiriendo en



cambio la fisonomía peculiar del "asilado". Todos los niños de estos establecimientos maléficos (no es equivocación) se parecían; sus facultades iban poco a poco atrofiándose por falta de excitantes mentales, como asimismo su desarrollo físico no podía efectuarse en condiciones normales por falta de higiene y de alimentación apropiadas. No se les instruía ni se les educaba; por lo general se les domesticaba. En una palabra, acababan por hacer de niño un despojo humano.

La razón de todo esto está, como antes digo, que en España, y no solo en ella, se consideraba como un problema de caridad, exclusivamente, lo que es un deber de justicia, y más aún, porque jamás se auxiliaron debidamente estas instituciones de determinadas ciencias que le son indispensables: Higiene, Pedagogía, Psicología, Medicina, etc.; limitándose su labor **benéfica** a proporcionar un camastro muchas veces inaceptable y una alimentación siempre escasa, casi siempre mal condimentada y no pocas veces repugnante.

A pesar de lo expuesto, por lo que a España se refiere, había importantes cantidades en sus presupuestos para estos menesteres y bastantes leyes de protección de menores que hubiera sido suficientes para que el niño español, huérfano o abandonado, recibiese protección



eficaz, pero desgraciadamente, todos sabemos que la ley para nada sirve si el espíritu de ella no está en la conciencia colectiva y los gobiernos no obligan, además, a su cumplimiento.

Por todo esto estamos obligados los que dedicamos nuestras actividades a estos problemas infantiles a poner de relieve estas tristes verdades, para que se conozca en toda su dolorosa realidad la situación de los menores **sometidos** a la protección del estado y a la beneficencia particular; pues no sería, no ya justo, sino ni siquiera humano, que en el nuevo orden de cosas que se están creando, seguir encubriendo por más tiempo con el amparo oficial o particular, tanta miseria, tanto dolor y tantas injusticias.

No solamente era censurable la asistencia material prestada a los asilados, sino que la moral llegaba a veces a superarla en miseria y peligrosidad. Después de un detenido estudio en múltiples visitas realizadas por mí a algunos de estos centros, puedo asegurar rotundamente, que al niño se le deformaba espiritualmente, hasta tal punto, que sería difícil encontrar entre ellos un veinte por ciento de protegidos normales.

Cuando en tiempos pasados se tenía otro concepto de la educación y de la beneficencia, la única solución posible del problema plan-



teado por los niños necesitados de protección integral, era la de los hospicios que todos hemos conocido, por lo menos a través de la literatura.

¡Hospicios!... ¡Asilos infantiles!... Al conjuro de estas palabras acuden instantáneamente a la memoria la visión de un edificio enorme, destartalado, sombrío, con comedores de grandes dimensiones provistos de largas mesas, con dormitorios de olor indescriptible por lo repugnante, con escuelas, si aquello se puede denominar así, sin luz ni ventilación y unos talleres miserables y unos patios estrechos sin árboles, ni flores, ni gorjeos de pajarillos que sirvieran de acompañamiento a las alegres risas de los niños... porque tampoco reían. Eran, en pocas palabras, un almacén de chiquillos, donde todo se realiza a toque de campana; mecánicamente, automáticamente, todo reglamentado con exceso, matando así la iniciativa y la alegría infantil. En estos establecimientos la vida ha de ser forzosamente triste y deprimente. Montaigne los calificó de prisiones de la juventud cautiva”.

Los orfanatos, tal como han funcionado, son deplorables por su antipedagógica organización que desarrolla un medio artificioso en pugna con el de la calle y ejercen una influencia deplorable en los niños allí reclusos, suje-



tos a una disciplina cuartelera y arcaica, contrapuesta a la naturaleza infantil. Sluys dice a este propósito: Su vivir triste bajo la dirección desconfiada, quisquillosa y deprimente de religiosos o laicos, hombres o mujeres, mal preparados para su misión, que solo les da una instrucción verbal y una educación de **sometidos**, hace necesariamente de estos desdichados niños seres pusilánimes y serviles, sin otro medio de defensa, frente a la disciplina artificial que los bruma, que la mentira y la hipocresía, y a veces, la rebeldía”.

Más adelante añade: “Y aun son las peores entre las instituciones de esta especie, aquellas que bajo apariencias engañosas de caridad, explotan indignamente el trabajo prematuro de los niños y niñas asilados. Hijos estos de la pobreza, estímase que en ella deben permanecer por ley providencial y así desde su más tierna edad son sometidos al trabajo doméstico y profesional excesivo, para que compensen de esta forma los gastos que ocasiona su sostenimiento”. Pero aún hay algo más monstruoso, que es dedicarlos a mendigar **oficialmente** en las calles, como he visto que hace en Buenos Aires la institución llamada Escuelas y Patronatos, en ciertos días que denominan del “kilo” tal vez porque los niños que piden son portadores de una especie de alcancía que aseme-



ja a una pesa de latón de este nombre, o tal vez, y es lo más probable, porque a esas criaturas, que serán sin duda las más lucidas, les falta no un kilo sino muchos más para alcanzar su peso normal. Con esta **práctica** saldrán **buenos** mendigos que sabrán bien su **oficio** ya que desde pequeños los **hacen aprendices**.

Casi siempre se logra negocio en esta explotación en grade de menores mal alimentados, privados de los cuidados higiénicos elementales y a los cuales se les da una instrucción rudimentaria.

El huérfano o abandonado que se encuentra a cargo de la sociedad de la cual se convierte en pupilo, tiene derecho indiscutible a ser educado convenientemente y a ser preparado con eficiencia para actuar en la vida. Los resultados nada halagüeños obtenidos hasta ahora con los sistemas conocidos y practicados, hacen pensar en un cambio de ruta. Por de pronto debe procurarse que los Orfanatos pierdan su aspecto frío y sórdido de los hospicios y casas cunas infanticidas, modificando sus sistemas a fin de que el niño encuentre un hogar, unas veces para reemplazar el perdido, otras, las más, para conocer la vida en la institución familiar por no haber tenido la suerte de disfrutar una infancia digna de tal nombre.

Además estas instituciones debieran ser-



vir de avanzada en la moderna pedagogía, porque pueden vivir una vida bastante independiente.

Meditemos detenidamente en la trascendencia del problema y pensemos que los millares de niños que teníamos reclusos y los millares y millares que han quedado huérfanos o abandonados como secuela dolorosísima entre las que más de la guerra doblemente cruel pero grandiosa, (si es que cabe grandiosidad en este crimen colectivo) porque ella permitirá con sus terribles enseñanzas que España encuentre algún día su verdadero camino en la Historia. Pensemos, digo, en estos niños, que un mañana próximo se convertirán en grupos numerosísimos de adultos que forzosamente serán individuos antisociales, incapaces de adaptarse a la vida del trabajo si no se les ha formado para ella, y en la mayoría de los casos, fatalmente, al abandonar el asilo, si no les ponemos en condiciones para vivir de su esfuerzo personal, sucumbirán en la misma miseria de donde fueron recogidos un desdichado día.

Sin duda la verdad está en camino, pero este es largo y lleno de obstáculos y dificultades debidos a viejos prejuicios y a equivocados conceptos. En el terreno de la práctica casi está en sus comienzos, y esto gracias al nuevo rumbo que la República imprimió con clara visión



de estos problemas de no fácil y acertada solución, pero que ella se la encontró poniendo a los Orfanatos bajo la dirección y cuidado de personal técnico, seleccionado convenientemente, que podía realizar su labor de forma eficiente y adecuada a los altos intereses de la infancia y de la juventud. Tenemos, pues, fundadas esperanzas de que podrán realizarse grandes mejoras cuando esas magníficas instituciones puedan volver a desarrollar la enorme, generosa y bien orientada labor que casi acababa de empezar cuando ya ha sido destruída. Buen ejemplo de ello lo tenemos en el espléndido "Orfanato nacional" de El Pardo en el cual la República gastó cerca de cuatro millones de pesetas y hoy se encuentra reducido a un montón de ruinas debido a los bombardeos.

Pero será incompleta la obra si esta no se forma un ambiente verdadero y general, consciente y eficaz.

Para contribuir a la creación de ese ambiente, aunque sea en una mínima parte, es por lo que me extiendo un poco en este aspecto de los "Derechos del niño", cosa que creo se me puede dispensar en gracias a la pureza y sinceridad de mis intenciones que no son otras que sacar a la luz de las diarias preocupaciones todo esto que, como digo en las primeras palabras, se halla impregnado todas las conciencias



honradas y humanitarias, llegando en algunas hasta la sobresaturación, lo que hace que fluyan como de un manantial de ternura, interés e idealidad, los conceptos de lo que deben ser, y sin duda serán, estos establecimientos educativos. Ideas, convicciones más bien, que se han ido formando al calor de un amor incommensurable por los niños, y sobre todo, por los niños más necesitados de ese amor y de ese interés que nunca lo serán bastante para compensar una infancia desventurada!

Los orfanatos son, como todo el mundo sabe, establecimientos que acogen en su seno niños de muy diversas procedencias, pero todos tienen de común que sus familias no pueden ocuparse de su vida completa, especialmente de su educación, bien por el hecho doloroso de la pérdida de sus padres (uno de ellos, o los dos), o bien por imposibilidades otro orden.

Se ha dicho que la familia y el medio ambiente son los encargados de continuar la obra educativa de la Escuela. En un régimen social bien organizado tal vez se trunquen los papeles y la escuela sea iá continuadora de la labor educativa de los padres que son los educadores naturales del niño. Pero como en el niño huérfano o abandonado la familia ha desaparecido total o parcialmente y el ambiente es por lo común perjudicial, la cuestión toma otro



cariz, y parece complicarse, pues entonces hay que procurar producir un organismo que tenga, en lo posible, el régimen interior de un establecimiento de aquella índole. El calor familiar, la bondad y el aliento son las condiciones que harán olvidar la tristeza pasada por su espíritu naciente... La afectividad en esa edad temprana solo se desenvuelve cuando los sentimientos encuentran un cauce por donde discurrir optimistas en un medio favorable.

El problema de la educación y cuidado de los niños huérfanos y abandonados, no es solamente problema sentimental, lo es, principalmente, de justicia social, y al resolverlo con soluciones precisas de valor positivo no hacemos sino cumplir un sagrado e ineludible deber que la sociedad tiene para con los niños que se encuentran en estas tristes condiciones y que por lo mismo tiene derecho a la conveniente atención de todas sus necesidades, sin que en compensación se les exija nada.

Michelet en su libro "El Pueblo" sintetiza el deber que tiene la sociedad de recoger y educar al niño abandonado con estas hermosas palabras: "Si tu madre no te puede alimentar, si tu padre te maltrata, si estás desnudo, si tienes hambre, ven hijo mío; las puertas están abiertas de par en par y la nación te recibirá con los brazos abiertos. No se avergonzará de



darte los cuidados de una nodriza, de hacer la sopa con su heróica mano, y si no tuvieras con que envolver y calentar tus carnes amoratadas, rasgaría un pedazo de su bandera!

AMERICAN ANTHROPOLOGICAL  
MUSEUM



## DERECHO A LA CULTURA

Otro derecho indiscutible, es que cada cual, y sobre todo cada niño, pueda adquirir la cultura que su capacidad le permita. A esto se me dirá que la escuela primaria es accesible a todos y no solamente esto sino que el Estado hace obligatoria la asistencia a ella.

A ello yo contesto con unos datos estadísticos que poseen una fuerza argumentadora superior a muchos discursos por elocuentes que sean, los cuales nos revelan la situación en España, como paradigma de muchos países entre los cuales se encuentra también la Argentina.

La población escolar se considera que es un 12 o/o aproximadamente de la población total de nuestro país. Calculando en números redondos que esta es de 24 millones, la primera, o sea la población escolar se elevará a 2.800.000 niños de ambos sexos. Suponiendo muy favorablemente que todas las escuelas, incluyendo las siete mil que por estas fechas ya ha creado



la República, funcionan normalmente, y que a cada una de ellas, es decir, cada uno de los 42.000 maestros que ahora existen tengan un promedio de 40 alumnos, que no es poco, asistirán a las Escuelas nacionales 1.680.000 niños (1).

Dando por bueno lo que dicen las estadísticas de que el 30 o/o de los niños reciben instrucción en sus casas y en otras instituciones privadas, por este medio serían atendidos 864.000. Es pues evidente, con la evidencia de una operación matemática, que quedan sin escuela y sin maestro 336.000 niños, cifra que se elevará, si no se ponen los medios para evitarlo creando rápidamente las escuelas necesarias para sustituir a los colegios de las instituciones religiosas, a medio millón, en cuanto se cumpla el precepto constitucional que les prohíbe dedicarse a la enseñanza. (2).

Estos datos fueron escritos hace algún tiempo. Hoy que se ha llevado a cabo la clausura de los colegios de las órdenes religiosas, también se tomaron las medidas pertinentes para evitar que quedaran sin enseñanza los niños que en ellas la recibían, y así las cifras no han sufrido graves modificaciones en lo que se refiere a los escolares que recibían instruc-

(1) Estos datos están calculados en el año 1933.

(2) La estadística de la Argentina es aún más desconsoladora.



ción, bien particular u oficialmente. Pero, ¿y los que no la recibían de ninguna manera?

¿Qué ocurrirá el día que los padres quieran cumplir exactamente el mandato de la obligatoriedad escolar? Como se ve fácilmente, por lo que acabo de exponer, el derecho de todo niño a una Escuela primaria, cuando menos, empieza por ser un mito.

De lo que en la actualidad ocurre más vale “no meneallo” como diría mi paisano el **Loco insigne**.

No obstante, no puedo por menos que transcribir un telegrama que publican los periódicos, y que dice así: Burgos, Julio 1.º (United). — El ministro de Educación Nacional, firmó una orden concediendo el derecho de regentar escuelas en los pueblos que tienen menos de 500 habitantes a los respectivos curas párracos.

La medida se debe a la escasez de maestros, muchos de los cuales murieron en la guerra (lease asesinados) y otros fueron expulsados por mostrarse enemigos del régimen”.

Pero, hay más. Voy a dar por supuesto que todos, absolutamente todos los niños en edad escolar tuvieran asegurado un lugar en la escuela y un maestro que lo atendiera. Con esto solo no se podría decir que ninguno dejaba de recibir la instrucción elemental. Contra su voluntad la dejarían de recibir muchos, porque



la asistencia continuã y regular a la escuela no se resuelve, como creen equivocadamente algunos simplistas, solamente con aumentar el número de ellas. Una porción muy grande de niños no asistirán o lo harían muy irregularmente, como ocurre ahora con no pocos, debido a que sus padres no pueden prescindir de la ayuda de sus hijos, en cuanto pueden procurársela por pequeña e insignificante que esta sea.

El problema es más complicado de lo que a primera vista parece, toda vez que tiene enlace directo con las condiciones económicas y sociales en que se desenvuelve la vida de las familias.

Una forma de hacer desaparecer este mal, o por lo menos de atenuarlo grandemente, es el establecimiento de cantinas y roperos escolares, no como obra de beneficencia caritativa, sino con naturalidad y amor, como lo que es... el cumplimiento de un derecho inaplazable que tiene el niño.

Lo primero es sentirse confortable. Es inútil, y cruel al mismo tiempo, pretender que los niños presten atención a las lecciones de sus maestros cuando estas pobres criaturas van a la escuela casi desnudas y medio hambrientas.

Se remedia un poco este mal en las grandes urbes, pero en los campos, en las serranías, en estas canteras vivas que renuevan y aumen-



tan constantemente con sangre vigorosa la población, el hambre en su forma de mal comer diario, de insuficiente alimentación, regateada cada hora, es compañera inseparable de todos los niños.

Excelente es la enseñanza obligatoria, la instrucción impuesta como un deber ciudadano por mandato de la ley; bien está cuando se haga para imponer a los padres descuidados la asídua asistencia de sus hijos a la escuela, en el caso de que todos tuvieran su puesto en ella; pero todo eso acompañado de un panecillo y un buen vaso de leche por lo menos, a cada niño, estaría mucho mejor.

El hombre está obligado a "ganarse el pan con el sudor de su frente"; pero el niño tiene derecho a recibirlo sin que a cambio se le exija ningún esfuerzo ni sacrificio. Dejar sin pan a un niño, hacerle sufrir hambre es un delito de lesa infancia. Nuestra absurda y egoísta civilización encomienda a los padres únicamente la misión de alimentar a los hijos haciéndoles correr la misma suerte de los progenitores. Todavía la idea de que el hijo es una propiedad material de los padres inspira nuestras legislaciones y rige la concepción de la familia. Matar a un hijo violentamente, aun antes de haber visto la luz es un crimen monstruoso que los códigos castigan inexorablemente, pero matar-



le por inanición está permitido en el actual tinguado social.

Mucha gente de honrados pensamientos, cree en el derecho de los padres a poseer sus hijos en todos los casos, sea como fuere, teniéndolos en zahurdas, llevándolos desnudos, utilizándolos para mendigar, y aún alquilándolos para este bajo menester, enseñándoles sus vicios, contagiándoles de sus enfermedades y lacras, acostumbrándolos a su misma vida degradada y miserable. Llegará, no obstante, un día no lejano en que la incautación del niño por el Estado, la expropiación de los hijos de padres miserables o descuidados y desidiosos o corrompidos parecerá justicia, y no solo justicia sino deber social.

El niño tiene, pues, derecho a que se ocupen no solamente de sus necesidades espirituales sino paralelamente de sus necesidades físicas entre las cuales el derecho al sol y al aire ocupan un lugar primordial. Sería ocioso mencionarlo siquiera, si no tuviéramos en nuestras grandes ciudades millares de tabucos y desvanes, débil o nulamente aireados, iluminados por ventanucos o sin ellos, miserables; en donde los miembros de las familias obreras viven hacinados, y a veces en una terrible promiscuidad causante de infinidad de males físicos y morales. Precisa haber visitado esos cuartos



húmedos, oscuros y fríos para medir la hondura de este mal. ¡Aposentos que no sirven ni para cobijo de bestias y sin embargo son utilizados como habitaciones de humanos, por la perfidia y la avaricia de sus propietarios, y por la lenidad de las autoridades que permiten tamaño atentado! Es necesario conocer esto en toda su crudeza para proclamar con gritos de iracundia el derecho de aquellos niños al sol y al aire, los dos grandes elementos que ningún ladrón pudo aún acaparar, pero cuyo libre disfrute es criminalmente impedido en esos tugurios sórdidos en los que los niños palidecen de anemia y rinden su tremendo tributo letal a la tuberculosis.







## DERECHO A LA ESCUELA LAICA

La que voy a tratar es una cuestión de amplísimos alcances que todavía en la actualidad levanta polvaredas de opiniones contrarias no obstante tratarse de un derecho, para mí, indiscutible: es el que tienen los niños a que se les respete su conciencia infantil.

La escuela debe ser neutral, para que los niños se eduquen en el sentimiento de las bellas sinfonías de los cantos populares que están en el corazón de todos, en las bellas sinfonías que unen a todas las criaturas, no en los cantos agrios que las separan. Tenemos derecho a la neutralidad de la escuela, única forma de liberar la conciencia infantil y de que esta se forme sin influencias exclusivistas y unilaterales siempre perjudiciales para el equilibrio del buen juicio y de las apreciaciones justas y desapasionadas.

El maestro y el mismo padre que sincera-



mente profesen una creencia religiosa, cualquiera que esta sea, están en el deber, en el deber y en el derecho, de entregar toda su vida si así les place, (pero las suyas solamente), a las prácticas religiosas que esta le imponga.

El laicismo en la enseñanza es una creación eminentemente francesa que arranca de la Revolución y se implanta con la tercera República. Esto no quiere decir que no haya existido antes y en otros lugares escuelas laicas, pero sí que su concepto más genuino y su expresión más clara y definida la han encontrado en Francia, en donde se llevó a cabo una completa laicificación, no solo en la escuela sino en el Estado durante el último cuarto del siglo diez y nueve, a causa del entusiasmo de sus tres propugnadores más decididos: Pedro Waldeck Roussau, Julio Ferri y Faustino Combes.

La enseñanza laica, — dice López Fernández en su libro *Escuela Activa y Democrática*—, es una consecuencia política inmediata de la soberanía del poder civil y además un resultado inevitable de las ideas de nuestro tiempo. Gran número de ciudadanos son indiferentes; otros, se hallan adscritos a confesiones distintas de las dominantes; otros, defienden el libre pensamiento, otros, sienten aversión de las ideas ortodoxas. No discutamos estos



hechos. Aceptemos, sin embargo, su realidad y sus consecuencias.

La inmediata entre ella es que la nación ha perdido aquella casi unánime conformidad en el dogma religioso nacional. En circunstancias tales tiene el Estado que declarar su neutralidad, dejando los asuntos de la conciencia al cuidado de los individuos. Otra conducta equivaldría a tomar partido por una minoría más o menos importante, lo que equivale a perder su autoridad de árbitro independiente en medio de las disputas de los rivales.

Evidentemente la Iglesia tiene derecho a predicar sus doctrinas, como lo tiene cualquiera otra asociación. Lo que no se puede consentir en ninguna democracia medianamente organizada y justa son primas y privilegios especiales para nadie en absoluto.

El Estado puede y debe imponer el más estricto respeto para todas las ideas, no consintiendo que ninguna tribuna, aunque ésta se llame púlpito, sirva para socabar los fundamentos de la democracia existente en virtud de un pacto tácito entre los hombres de recta voluntad, obligados a respetar el santuario de sus conciencias respectivas. Una de ellas es la del maestro, a quien no sería justo forzar para que enseñe y defienda algo que pueda estar muy lejos de sentir.



Por eso la escuela laica tiene como uno de los primeros objetivos, la liberación de la conciencia del niño y del maestro, asegurando al mismo tiempo la separación de dos dominios tanto tiempo confundidos: el de las creencias religiosas, políticas y sociales que son personales, libres y variables, y el de los conocimientos que son comunes e indispensables a todos. Y es en el campo de la enseñanza pública donde más se impone alejar el peligro de inclinación hacia tendencias excluyentes, así sea por simple gravitación moral, porque a los fines de la cultura del pueblo conviene y es necesario hacer efectiva la obligación ineludible de concurrir a las escuelas a todos los niños en edad escolar y no es concebible que éstos se conviertan directa o indirectamente en escenarios propicios a las disputas que siempre llevan consigo el germen de divisiones y antagonismos que a veces ya no se borrarán jamás.

Además, —y esto es lo que de momento nos interesa,— por su falta de madurez ética y escasa fortaleza estética, tiene indiscutible derecho a ser defendido de todo intento proselitista. De ahí el cuidado que puso Ferry para preservarlo de las enseñanzas partidistas, y unificéticas de las órdenes religiosas, las cuales siempre se han distinguido, y cada día más, por su falta de equilibrio y ecuanimidad; de-



fecto en el que caen igualmente las modernas escuelas "clasistas" que tratan de hacer imperar por medio de una enseñanza tendenciosa, determinada idea filosófica o política sobre todo.

Refiriéndose a esto leía en un periódico español lo siguiente, poco más o menos: la libertad del niño, el derecho a vivir su propia vida debe ser sagrada para todos y defendida con el mismo tesón que defendemos nuestros propios derechos. Nos hemos pasado un siglo combatiendo a la catolización del niño y no es cosa ahora de caer en el lado opuesto... Los brazos del niño no deben estar en cruz pero tampoco con el puño cerrado como símbolo de una doctrina político-social.

Con cualquiera de esas educaciones monocordes y sectarias, cometen, a mi leal entender, un delito de lesa infancia. Siembran odios donde deben sembrar amores... que en su día den espléndida florecencia de comprensión, tolerancia y mutuo respeto; indispensables para vivir como personas que aspiran a una superación constante... hacia la perfección.

Que esta comprensión, tolerancia y mutuo respeto no se pueden conseguir más que con la enseñanza laica lo viene a afirmar una vez más "La Prensa" de Buenos Aires, periódico nada sospechoso de izquierdista, cuando en un



editorial publicado con motivo de los furiosos ataques que la escuela laica está sufriendo en la Argentina por parte de los elementos ultramontanos; dice entre otras cosas: "Ya empieza a manifestarse una división que felizmente no existía, entre los maestros y alumnos, y cuya presencia compromete gravemente tarde o temprano, el ambiente de paz y de recíproco respeto de las aulas escolares; la parte católica del magisterio y la que no lo es, o que siéndolo no está conforme con la nueva orientación imprimida a los estudios en ese sentido. La discrepancia trascenderá, por fuerza, a los hogares: aquellos cuyos hijos asisten a las clases de doctrina católica y los de los niños que durante el tiempo dedicado a esa materia abandonan sus pupitres y se apartan de sus compañeros".

El laicismo escolar no hace más que aplicar a la escuela el régimen que ha prevalecido en todas nuestras instituciones públicas. Todas comenzaron por colocarse bajo la tutela absoluta y luego bajo la vigilancia estrecha de la Iglesia. Todas, poco a poco se han ido separando de ella para pasar a la dirección exclusiva de la sociedad civil. La revolución francesa puso el principio y desde entonces a pesar de todas las **reacciones** se ha aplicado a todos los servicios públicos de una manera ge-



neral; quiero decir el principio del Estado laico, neutro respecto a todos los cultos, independiente de todos los cleros, ajeno a toda concepción telógica.

No me cansaré de repetirlo porque entraña una cuestión capital. La escuela debe ser laica porque por encima de toda concepción preestablecida en nombre de cualquier sistema político, social o religioso, se halla la vida misma.

Entendiendo el lacismo en su única y verdadera significación de neutralidad. Neutralidad religiosa y neutralidad política. Lo cual no quiere decir que hayamos de silenciar lo que a estas apasionantes cuestiones se refiere, sino objetividad en la exposición cuando la ocasión llegue, para que el niño tenga conocimiento imparcial y pueda en su momento oportuno obrar libremente. Lo contrario es darle una educación impropia, mejor dicho, opuesta a la formación de hombres libres.

Por eso Devvey, en su "Reconstrucción de la Filosofía" condena las preocupaciones metafísicas y no duda en afirmar que el progreso de la actual era científica se debe al hecho de haberlas abandonado. Desde el punto de vista pedagógico, que es el que nosotros consideramos, manifiesta su profundo desagrado contras los efectos de los principios dogmáticos,



porque la reverencia y el acatamiento prestados a ellos nos hacen despreciar no solamente la garantía solvente de otros hombres, sino el mismo testimonio de los sentidos.

Pero hay, además, otra cosa: la escuela que defendemos con todo interés y honradez, afirma la voluntad de llevar a cabo entre nosotros una educación humana que sirva para todos, fundándola en nociones de deber y derecho que han de ser consideradas entre las primeras verdades que nadie puede ignorar.

Desde siempre hemos reprochado a la gente de la iglesia su anhelo de imponer a la juventud eso que consideramos detestable, odioso, condenable por parecernos opuesto a la dignidad del cerebro humano. Con la misma o parecida intransigencia y el mismo fanatismo, los sermoneadores clasistas pretenden destruir los últimos restos del instinto vital, reemplazando un sacerdocio por otro equivalente dogmático, igualmente condenable por lo que tiene de atentatorio al desarrollo de la personalidad.

Pensemos en el momento de proponer a los alumnos un concepto, una máxima cualquiera, si puede haber un solo hombre honrado que pudiera sentirse molestado por lo que digamos.

“La verdadera escuela laica está exenta de todo fanatismo, igualmente alejada del es-



píritu de tiranía y del espíritu de servidumbre; dulce, confiante, serena como la familia, como debiera ser la nación (y eso pretendemos) porque la escuela está hecha para amar y para aprender a amarse por encima de las divergencias políticas y religiosas, y finalmente, porque comienza a ser "una fraternidad superior a todos los dogmas".

La escuela laica, por lo tanto, puede contribuir mejor que ninguna otra al desarrollo, en los niños del verdadero sentido ético de la vida, porque solo en ella caben los tres factores de toda auténtica norma moral: la tolerancia, la colaboración y el amor.

Solo en la escuela laica se respetan y se estiman por igual las conciencias de todos.

Solo en ella puede apreciarse la semejanza moral que late en el fondo de todas las conciencias honradas, no obstante las diferencias externas que acentúan las diversas confesiones.

Solo la escuela laica hace hermanos a los niños y a los hombres que las escuelas confesionales enfrentan como enemigos irreconciliables.

Solo ella, escuela de paz, puede realizar su trascendental finalidad social.

Por todo lo cual, el niño tiene derecho in-



discutible a la escuela aconfesional, a la escuela laica, a la escuela neutral.

“Al niño, que es un regalo de delicadezas, hay que acercarse trémulo de emoción y de respeto. Al niño no se puede ir como en la triste escuela de las violaciones, como loco podador que corta brotes y brotes de optimismo para ingertar prematuramente tristezas y amarguras. El tiene su espíritu, su vida. Por qué atrevernos a castrarle su fuerza interior?” Respeto, pues, para él. Este respeto, que como ya hemos dicho no quiere decir inhibición, solo puede encontrarlo en la escuela laica, auténticamente laica, que reconoce todas estas cosas y en ellas se basa. Y que además está exenta de todo fanatismo cualquiera que sea su marca de procedencia, por ser la escuela de la serenidad. Ella consigue que en el corazón de los niños no anide otro sentimiento que el de fraternidad. ¡Ya hay por desgracia bastantes odios entre los hombres!...



## LA PEDAGOGIA Y LOS DERECHOS DEL NIÑO

No quiero terminar sin dar a conocer las relaciones entre los derechos del niño y la pedagogía, mejor dicho, los derechos del niño en la pedagogía. Voy a ello y con esto termina este modesto ensayo.

Como ahora no es la ocasión de extenderme en teorías pedagógicas, me concretaré a unas ideas de gran generalidad que pueden servir a todos los que directa o indirectamente puedan contribuir a la educación del pueblo:

No consintamos que los niños más necesitados que nadie de aire, de luz, de un ambiente saludable y bello, permanezcan en escuelas oscuras, pequeñas, húmedas, malolientes. Pidamos a la vez maestros lo mejor capacitados, lo mejor dotados posible. No consideremos nunca demasiado, ni siquiera suficiente lo que en esto se gaste.

El niño siente necesidad de moverse, de



cambar de lugar, de emprender ocupaciones variadas. No le detengamos inmóvil y cohibido más horas de lo que cualquier oficinista.

El niño ama el trabajo; pero un trabajo en el que puede imprimir el sello de su personalidad y consienta el libre juego de su espontaneidad.

Demos campo libre a la experiencia personal única capaz de formar el espíritu y reduzcamos el mínimun de transmisión de ideas y juicios ajenos.

En resumen, mirada la obra educativa desde el punto de vista de los derechos del niño, se han de dar en ella estas condiciones centrales: 1o. que esté lo más acorde posible con las leyes biológicas que rigen el desarrollo del ser humano; 2o. que prepare eficazmente al niño para la vida que lo aguarda.

Los derechos del niño en el orden de su educación han de ser cosas que no se hallen en pugna con ningún género de intereses de raza, de nacionalidad, de religión. Pensemos en los niños de todos los países y en el fondo común que se ha de dar en todos los hombres.

Por consiguiente, los derechos de la niñez versarán sobre direcciones en el cultivo de su personalidad que siempre debe agradecer a sus maestros, y de las cuales ninguna pueda ser motivo de reproche cuando el muchacho lle-



gue a alcanzar el poder de juzgar la educación que recibió.

Estas direcciones pueden ser:

Fomentar en el niño un profundo amor a la verdad y a la justicia, creando el interés por el descubrimiento de aquélla y el sentimiento de complacencia en toda acción justa.

Despertar el gusto y la emoción por las bellezas artísticas y de la Naturaleza así como por descubrir, comentar y admirar lo bello y lo noble de las acciones humanas.

Cultivar la mayor reverencia hacia todas las cosas existentes y con mayor razón hacia todos los hombres. Nunca pecará por exceso creando en el niño hábitos de tolerancia y de perdón.

Formar desde los primeros años una sensibilidad y un sentimiento de profunda indignación y protesta hacia todo lo injusto, lo innoble y lo grosero.

Hacer patentes en todo momento las consecuencias de la conducta, no para que venga una sanción de premio ni de castigo, sino para considerar el servicio o el perjuicio ocasionado por el autor a sí mismo y a la comunidad. Es decir, lo importante es hacer sentir, desde los primeros momentos, la preocupación de la responsabilidad.

Velar por las buenas costumbres, la deli-



cadeza de modales, la cortesía en el trato, que son esencialmente la consecuencia de afecto y del respeto mutuos.

Formar el pensamiento y juicios propios del alumno acostumbrándolo a buscar y a exigir la razón de las cosas.

Crear el afán por la lectura, encauzándolo con amplio espíritu y pensando que el mejor final en la distinción de los malos y buenos escritos es nuestro juicio educado y sereno.

Capacitar al niño mediante todos esos elementos formativos para el gobierno de sí mismo, y, por tanto para regular su conducta con originalidad e independencia.

Proscribir toda idea de espionaje, sobre todo cuando sea acción de recompensas y castigos que conducen a la hipocresía, a la adulación, a la envidia y a la misma injusticia, ya que rara vez se aplica el castigo conociendo el origen de la falta, si la hay, y más raramente aún la corrige.

No olvidar con todo esto la educación del cuerpo, habituar el muchacho al aseo escrupuloso de su persona, hacerlo gran amigo del agua, del aire, de la luz, del juego, del deporte, del viaje, equivale a refrescar, a ampliar su espíritu.

Para terminar debo manifestar que algunos puntos de este pequeño ensayo sobre los



derechos del niño, de los cuales todavía habría muchísimo que decir; están inspirados en las obras más serias y nuevas de eugenistas, médicos, psicólogos y pedagogos. En otros van mis ideas y mis deseos fervientes en relación con estas materias que embargan y ocupan toda mi actividad y vocación.

Me daré por muy satisfecho, si mis pobres enseñanzas han despertado un poco la curiosidad por conocer más a fondo estas cuestiones tan interesantes y tan beneficiosas para los niños, a los que todos nos debemos.









# INDICE

	Pág.
Dedicatoria . . . . .	5
Palabras iniciales . . . . .	7
Propósitos y afirmaciones . . . . .	17
Hacia la aceptación y mejor comprensión . . . . .	23
Derecho a la alimentación y cuidados maternos . . . . .	35
Derecho a la salud . . . . .	53
Derecho a la verdad y derecho a la libertad . . . . .	69
Derecho a una educación sexual adecuada . . . . .	79
Derecho a la asistencia social . . . . .	89
Derecho a la cultura . . . . .	101
Derecho a la escuela laica . . . . .	109
La Pedagogía y los Derechos del niño . . . . .	119





UN PESO